



**FUNDACIÓ
CÀTEDRA
IBEROAMERICANA**
Universitat de les
Illes Balears



Foto: Família Llabrés. Muestra "Historia de la inmigración Balear en Villa María." Restauración J. J. Oddino.

Participan en esta edición: María Teresa Pons de Corchero, Margarita González Llabrés, Fabiana León, Silvina Mercadal, Mayté Giovanola, Beatriz Gallo, Noemí Magdalena Margarita Altina, J. Alberta Balcells, Juana Dangl, Beatriz Laura Degiovanni Menchietti, Delia Neuman, Adelaida Susana Oyarzábal Savid, Stella Maris Yobe, Marta Susana Vázquez, Susana Campos de Visintin.

TERRITORIOS DE LA MEMORIA
Taller de la historia familiar
Rafael Sucarí / Silvina Mercadal





Número 1
Colección Veracruz

TERRITORIOS DE LA MEMORIA
Taller de la historia familiar

Rafael Sucarí / Silvina Mercadal



http://www.uib.es/catedra_iberamericana



Depósito Legal:

ISBN: 84-7632-920-2

Depósito Legal: PM-403-2005

Ediciones de la Fundació Càtedra Iberoamericana
Cra de Valldemossa, Km 7.5
07122 Palma de Mallorca

© de la edició: Fundació Càtedra Iberoamericana
© del texto: los autores

Participan en esta edición: María Teresa Pons de Corchero, Margarita González Llabrés, Fabiana León, Silvina Mercadal, Mayté Giovanola, Beatriz Gallo, Noemí Magdalena Margarita Altina, J. Alberta Balcells, Juana Dangi, Beatriz Laura Degiovanni Menchietti, Delia Neuman, Adelaida Susana Oyarzábal Savid, Stella Maris Yobe, Marta Susana Vázquez, Susana Campos de Visintin.





Índice

Presentación	5
Mayté Giovanola	8
Destejiendo cuentos	
Noemí Magdalena Margarita Altina	11
Recuerdo	
J. Alberta Bacells	15
Lagunilla	
María Teresa Pons de Corchero	18
Mis raíces y yo	
Juana Dangl	21
Una casa verde con jardín de rosas	
Beatriz Laura Cesira Degiovanni Menchetti	24
Objetos perdidos	
Margarita González Llabrés	27
Retratos	
Delia Neuman	30
Pasaporte a la memoria	
Adelaida Susana Oyarzábal Savid	34
El entierro	
Stella Maris Yobe	37
La máquina de coser	
María Susana Vázquez	41
Identidad	
Fabiana León	44
Lenguas de fuego	
Susana Campos de Visintin	46
Recuerdos de la llegada.	
Beatriz Gallo	49
Beatrice	
Silvina Mercadal	53
La costurera	



TERRITORIOS DE LA MEMORIA

A modo de presentación

Siempre me han parecido acertadas las metáforas que le otorgan a la memoria un espacio físico y nos sugieren la posibilidad de pensarlo como un territorio plausible de ser recorrido, caminado físicamente. Espacios particulares en los que no rigen las leyes del tiempo ni de la distancia, con paisajes en los que encontramos señales e hitos que, al unísono, nos dicen quiénes somos y quiénes hemos sido. Que nos muestran nuestros orígenes y nos permiten engarzar las cuentas de diferentes colores que definen el tono de esa extensa trama que llamamos nuestra historia personal. Que nos muestran como nuestra historia se entrelaza con otras historias construyendo nuestra identidad.

Esta relación testimonial que sostenemos con nuestros recuerdos tiene su correlato con la historia de la humanidad, donde la búsqueda de recordar y ser recordado –quizás como respuesta al ancestral miedo al olvido- ha sido ejercida a través de todos los tiempos por clanes, tribus y pueblos, corporizándose en la presencia de las grandes construcciones culturales que en forma de monumentos, libros y relatos hoy poseemos. Por ellas sabemos de las búsquedas filosóficas y teológicas del ser humano, de sus epopeyas y genealogías.

En lo que a nuestro tema se refiere –el registro de la historia familiar, sus costumbres y sus problemáticas históricas-, también es de vieja data, y lleva en sí las particularidades de cada momento histórico. Desde la Ilíada a Hamlet, desde la Gesta de Gilgamesh al Mío Cid. Sagas familiares, cantos de juglares, poemas, obras teatrales son parte de ese inmenso repertorio que ha posibilitado, quizás indirectamente, conservar la historia y las luchas de familias nobles y pueblos.

Pero es recién en nuestra época cuando los historiadores reconocen la necesidad de recolectar datos de los seres comunes como un factor ineludible al momento de querer contar y registrar la historia con algún viso de realidad. Y es también en nuestra época, en el campo de las artes, donde los avatares del hombre común comienzan a ser motivo temático y donde una corriente estética, realista, rescata sus actividades como material de examen y preocupación. Esta actitud también ha renovado el interés por la investigación de instituciones básicas como la familia, la comunidad y el rastreo de raíces históricas.

Gran parte del pensamiento crítico actual ha visto en esta actitud de rescate del pasado una respuesta frente a las amenazas que genera nuestra sociedad. La urgencia de cambios exigidos por la globalización ha arrasado con costumbres y tradiciones de los pueblos, destruyendo estructuras básicas de identidad y relaciones de continuidad familiar. Proponiendo además obligados desplazamientos territoriales, nuevas migraciones, y pérdida de roles tradicionales (nuevo rol de la mujer y el hombre, tanto en el trabajo como en la familia, aislamiento de los ancianos y rechazo de su conocimiento, etc.).

Estos fenómenos que mundialmente pueden ser verificados como ciertos, lo son aún más dramáticamente en la historia de nuestro país, donde en los últimos años asistimos al fenómeno de emigraciones de colectividades hacia sus países de origen, o al desmembramiento de núcleos familiares debido a las elecciones de trabajo o desarrollo profesional que hacen los hijos que parten hacia esos mismos u otros países.

A este fenómeno de retorno y abandono, que plantea el fracaso en la voluntad de los primeros fundadores familiares del país, se agrega una larga tradición de guerras internas, exilios y crisis que contribuyeron ampliamente a la sensación de ruptura y amenaza que, por causas nacionales muy específicas, se ha instalado en nuestra sociedad.

Como podemos observar, la problemática de la memoria es abordada desde diversos análisis, muchos de los cuales, señalan además la necesidad de que frente al horror causado por genocidios y destrucciones (tanto las nacionales como el eco de las ocurridas en otros países), la memoria se alce como un baluarte para no permitarnos olvidar. Para que sirva de testimonio y advertencia.

Reconociendo la validez de estas observaciones, debemos señalar la importancia que tiene para nuestra identidad el conservar y reconstruir la anécdota a través de la memoria. Sabemos que en el acto de recordar se pone dolor y regocijo, deseos y también rencores y desconciertos. Hay también rescate y en él hay presencias y olvidos. Sin embrago, este recordar, muchas veces se transforma en voluntad amorosa



por la dedicación y el empeño, por el apego y el cuidado. Por eso, quizás en otro de sus pliegues debe ser visto como un acto de amor que nos vincula con aquellos que hemos develado en nuestros relatos, con la heroicidad de cada historia, con los sacrificios y osadías de cada miembro familiar, en ese siempre renovado desafío por el vivir.

Esa voluntad amorosa está en la decisión de aquellos que se acercaron a su memoria para renovarla entregándola a las nuevas generaciones. “Si yo no lo cuento, esta historia se perderá, morirá conmigo” es uno de los motivos que asiduamente manifiestan aquellos que se acercan a esta tarea.

Estas breves observaciones sobre el recuerdo, la permanencia y el olvido en la sociedad en la que vivimos, están profundamente relacionadas con la razón de ser de nuestro taller.

Los relatos que forman este libro se fueron realizando en el transcurso de los años 2002 y 2003 en el marco del Taller de la Memoria Familiar, en diferentes ámbitos y localidades de nuestra provincia de Córdoba. Sus integrantes pertenecen a diversos talleres: Taller Córdoba, Taller de la Casa Balear de Villa María, Taller del PUAM de la Universidad Nacional de Córdoba, aunados en un objetivo común, el de la investigación de la historia familiar.

Esta disparidad de lugares de residencia entre los integrantes del taller es coincidente con la diversidad de orígenes; encontramos entre ellos a miembros de origen italiano, suizo, español y árabe, entre otros, con sus diferentes etnias y particularidades regionales, y por supuesto, argentinos de vieja data. En este contexto, los relatos fueron facilitados por la característica grupal de los encuentros, ya que cada integrante, incentivado por los relatos de otros, relacionó su historia personal con otras historias. Así, esta diversidad de orígenes, en vez de obstaculizar nuestra tarea, como hubiera sido lógico pensar, la enriqueció mostrando los diferentes objetivos y situaciones de adaptación de cada familia y, sorpresivamente, también haciendo evidentes las similitudes con las que sobrellevaron dificultades y encontraron soluciones.

Una de las preocupaciones de nuestro taller fue poner los acontecimientos familiares dentro de su contexto histórico, geográfico y cultural. Intentamos reconstruir lo que fue la vida de nuestros antepasados en diferentes épocas, sus sistemas de creencias y hábitos. Los idiomas que hablaron y sus expresiones, los temas de la vida cotidiana, las conformaciones familiares, vestimentas, costumbres, dialectos, música, etc., ver las condiciones y particularidades con las que se desarrolló cada grupo familiar y contar la historia desde el seno mismo de los acontecimientos, desde las vicisitudes de sus protagonistas, desde la anécdota diaria.

Con este objetivo –ya que los temas que han venido a nuestro encuentro han sido múltiples, desde morales, religiosos, económicos, políticos y literarios-, hemos usado diversas técnicas que nos ayudaron a trabajar, releyendo clásicos de la literatura, observando estilos, repasando acontecimientos históricos y religiosos, incluyendo temas como la genealogía, alentando la investigación de nombres y apellidos, países de nacimiento y la realización del árbol genealógico.

Nuestro taller siempre se encuentra en una disyuntiva de estilo: El registro o la creación literaria. Algunos de los trabajos aquí presentados tienen por búsqueda prioritaria el descubrimiento y registro de anécdotas y retratos verbales. En esos casos nos ha parecido importante conservar el estilo del relator o del recordado, por todas las connotaciones personales que esto trae, fundamentalmente cuando los relatos no tuvieron como objetivo principal subordinar a los personajes a los conceptos literarios de evolución, clímax y resolución dramática, sino el de rescatar y mostrar las vidas individuales que albergan pequeños dramas propios. Por otra parte, están aquellos integrantes del taller que haciendo uso de recursos literarios han buscado ir más allá de la obtención de esos datos, enmarcando sus relatos dentro del género del cuento, de la poesía, o de los capítulos de una novela, buscando completar la historia relatada con una ficción coherente. Ambas experiencias se materializaron de forma tal que cada participante pudiese encontrar su propia voz.



Para finalizar esta breve introducción, me queda por repetir una premisa básica de nuestro trabajo. El logro de estos objetivos, sin duda, implica profundas satisfacciones. Sin embargo, nos descartemos la posibilidad de que –continuando el largo hilo de la transmisión oral- también hayamos podido descubrir que la riqueza de nuestro trabajo consistió en haber podido compartir, comparar y completar nuestra historia en el diálogo con los otros integrantes, reconociéndola en el único registro verdadero: nuestra memoria y la de nuestro prójimo.

Así, con la publicación de estos relatos, esperamos compartir con nuestros ocasionales lectores el eco de esas voces que desde lo lejano del tiempo acompañaron nuestro trayecto.

Rafael Sucari

Coordinador



MAYTÉ GIOVANOLA

Destejiendo cuentos

Mayté Giovanola

Nace en 1954. Tejió su vida con palabras, pero su escritura toma forma a partir de la decisión de destejer los cuentos que le contaba su padre (1927-1981).

Con la materia de estas narraciones está creando la saga de su familia, su Historia Familiar, de la que forma parte este cuento.

Córdoba la vio nacer pero sus raíces provienen de la fusión de la cultura cosmopolita de su abuelo piemontés, quien vino a Argentina no como inmigrante sino a bordo de un crucero que trasladaba compañías de Opera, y su abuela catamarqueña, quien lega a sus descendientes la profunda cultura diaguita.

Destejiendo cuentos

*El eco de su voz me acompaña,
Mientras camino por los paisajes neblinosos de la memoria.*

Desde pequeña supe que mi padre era un apasionado contador de cuentos.

Dibujaba con su voz paisajes increíbles en mi imaginación recién estrenada y en la de los demás niños que siempre lo rodeaban.

Crecí a la sombra de la resonancia de sus cuentos, a la sombra de sus palabras, y por ellas conocí historias de dragones y doncellas encantadas, hadas, ogros dormilones y guerreros hermosos con espadas mágicas que deshacen maléficos hechizos.

Todas las historias que me narró señalan el camino que recorro, pero hubo un cuento, un cuento especial, escogido, que me transmitió sin palabras... la historia de su madre.

Me narró esa historia con sus ojos que se llenaban de reflejos azul – lágrima cuando la nombraba, cuando la recordaba.

Me la contó con el amor – pena que le traspasaba la piel cuando pronunciaba su nombre... Marina.

La historia de doña Marina Delgado, hija del valle de Fernando de Lerma de Catamarca, pura carne de maíz, amasada con la arcilla de la tierra y el orgullo de la Precordillera que exhibe sus alturas desafiantes al cielo.

Marina... cuarzo rosado que presagia el oro de su ser más íntimo.

Y porque no ardiste, abuela, muerta ya, en pira helénica...

Y porque el fuego de tu existencia yace encendido en mis recuerdos, tibio aún, iluminando el camino de la memoria familiar...

Y porque no quiero que tu historia se pierda irrecuperablemente, el registro de tu vida, agobiada de tristezas, el desarraigo, la emigración de tus montañas, la tragedia de tu sensibilidad lacerada, herida por una vida de pobreza... altivo dolor sin esperanza... es que cuento este cuento, que me contaron sin palabras....

Yo ahora se las pongo, para que mis hijos y los hijos que les nazcan conozcan este río subterráneo que corre por el bosque donde los árboles de nuestra familia habitan... y en donde continúan viviendo dragones y doncellas encantadas, hadas, ogros dormilones y guerreros hermosos con espadas mágicas que



deshacen maléficis hechizos.... el bosque que ella nutrió... más allá del instante en que la muerte la deshojó.

Marina (1901-1961)

Estos altos cerros y estos ríos no podrán acompañarme.

Solo me los puedo llevar grabados en los ojos.

Por eso, saldo todas las mañanas a caminar, a mirarlos, a olerlos... miro y miro y veo el Fiambalá, alto, enseñoreado...

En sus faldeos, el arreo de unas cabras... son del Pedro... cerca del río, la ovejas que eran de la mama... pastan tranquilas... no saben que yo también me voy... como se fueron ellas al corral de doña Anunciación.

Estas altas rocas coloradas, este río transparente, el Tolar que tantas veces bebí, aquellas llamas correteando en su orilla... todo esto que me rodea.... mi mundo, mi casa, mi pueblo, mi gente.... no saben que dentro de muy poco ya no estaré más aquí.

Siento que agonizo.

Siento que me voy a morir.

¿Qué voy a hacer sin estos colores que conozco y me conocen, aunque cierre los párpados y no los vea?.

¿Cómo voy a retenerlos? ¿Cómo haré para no olvidarlos?.

Dice mi hermano que mañana nos vamos.

El Gelimer ha venido a buscarme desde Buenos Aires.

Ha dejado por unos días el ejército y está preparando todo, todo para el viaje.

Los caballos ya están dispuestos... cuando lleguemos a Belén nos espera un camión que carga leña para cercarnos hasta donde sale el tren a Córdoba...

Nunca más veré este valle, ni las Tolas, las Añaguas, las cortaderas, la paja brava, las cabras, las ovejas, los burros... nunca más...

Cuando la mama se murió, creí que me iría con ella, yo también... Que sola me he quedado.

Pero ahora ese señor, el esposo de mi tía María, me manda llamar... para que cuide sus changos, que también están solos, sin su mama... igual que yo.

Sí, igual que yo... aunque ellos no han tenido que ver, como yo vi, que hasta las colchas que tejó mi mama se han ido...

El Gelimer vendió todo... hasta el telar, hasta la mantita que ella tejía y quedó sin terminar cuando enfermó.

Ni los vellones ya coloreados quedan... todo se está yendo... igualito a mí.

Esta noche es la última.

Me voy a envolver bien apretadita en la colcha que me regaló mamá para mis once... para que me de calor y me seque estas lágrimas que me ahogan en la garganta y no me dejan respirar.

Mañana voy a envolver en la colcha los libros que le leí cuando ya no se levantó más de la cama... estos libros todos arrugados porque los mojé cuando leía y lloraba porque ya no me oía... ya no me contestaba... día tras día se los leí... día tras día la acompañé... hasta que se fue.

Mañana me voy temprano y la mama se va conmigo.

El viaje

El tren y este traqueteo me han bajado el sueño.

Cierro los ojos y vuelvo la mirada para atrás... recuerdo... seis largas horas a caballo...

Como era muy temprano y la escarcha de los pastos estaba dura aún, el caballo de Gelimer trastabilló... se resbaló y casi se manca. Suerte que él aprendió en el ejército a enderezar las riendas, sostener el animal, levantarle la cabeza, aquietarlo con un grito... y justo cuando la bestia se asustaba el Gelimer se acomodó y lo acomodó... los dos se entendieron y seguimos el viaje ya sin sobresaltos.

El camión nos estaba esperando detrás de unos cerros, al lado de un barranco... el hombre junto al chofer se bajó del camión, agarró los caballos y casi sin mirarnos enfiló para el pueblo.



Este camión viejo y desvencijado, nos llevó hasta el tren... justo a tiempo... todavía no habían terminado de cargarle el carbón de piedra a la máquina...
Y ahora esto aquí, casi dormida... tratando de no estarlo... porque tengo miedo... tengo miedo que al despertarme todo este viaje sea un sueño y yo esté entonces muerta como mi mamá.
Me voy a subir más la colchita al cuello... voy a apretar más fuerte los libros en mi falda... ¿mamá estás aquí?... dame la mano... no me dejes sola...

La llegada

Hoy he llegado... mi hermano me subió a la volanta... “mateo” le llaman en Córdoba... fuimos a la casa del señor italiano... hoy he llegado y he visto a esos cuatro changos sin mamá... estaban solos... el padre viene a la noche.

Me han mirado con recelo, con desconfianza.

La mayor, Adelaida, parece buena, apenas sonrío... dicen que no oye bien...

Cecilia, Eduardo y Mario son igualitos... parecen partes de una misma cosa... ojos como ríos, transparentes, piel blanca y el pelo clarito, muy clarito... casi sentí vergüenza de verme tan distinta a ellos... tan distinta...

Mario, es hermoso como los angelitos de la capilla de mi pueblo, pero se lo nota embravecido, como el Tolar cuando crece en primavera y trae de repente aluviones de roca y barro.

Este chango igual... parecía a punto de aluvionar... creo que le duele todavía que su mamá no esté y llegue yo, tan oscura, tan pequeña, a cuidarlos...

Pronto tendré los diecisiete. Los changos, mis primos, tienen apenas unos años menos que yo... apenas.

Edoardo

Los changos se han dormido... tomaron toda la sopa que preparé con lo que encontré en la cocina...

No me animo a acostarme... el señor italiano no ha vuelto del trabajo. Dicen los hijos que siempre vuelve tarde, cuando cierra la confitería “Munich”, dicen... y trae la comida que sobra... todos los días...

Cada noche trae comida y los despierta para que llenen las panzas con comidas caras, de nombre extraño... y después todos juntos se van a dormir de nuevo... contentos... con el vino espumante burbujeándoles en las barrigas y en las risas... eso dijeron.

Por eso no quiero acostarme... para ver que comen... que trae el padre y sobre todo conocerlo... al padre, tienen un padre.

¡Ah!! Una sombra que asoma.

Se saca el sombrero... murmura: “¿Tu sei Marina?”

Se acerca caminando hacia mí, hacia la luz y mientras me habla en una lengua que mucho no entiendo, lo miro... parece un Dios... alto, ojos como el arroyo de las quintas, pelo como el trigo...

Me atraganto de sorpresa y de asombro... es hermoso...

“Sí, soy Marina... mande Señor...”



NOEMÍ MAGDALENA MARGARITA ALTINA

Recuerdo

Noemí Magdalena Margarita Altina

Nació en 1953, en el departamento San Justo, provincia de Córdoba, más precisamente en Alicia, colonia piemontesa por excelencia. “Por supuesto, me crié en una familia piemontesa. Crecí en una chacra hasta que me casé. Cursé estudios terciarios, y ahora, en esta etapa de mi vida, me encuentro rescatando memorias familiares. Y me encanta saber que algún día mis nietos van a decir: mi abuela es autora de libros” (NMMA).

Recuerdo

La bolsa de pan

Cuando el jueves fui a comprar el pan me di cuenta de cuán anónimo es hoy ese menester y vino a mi memoria la bolsa de pan de la nona Margarita.

Era una bolsa de hilo color beige oscuro, tejida al crochet en red, que remataba una argolla de metal (que a mis siete años me parecía pesada).

A eso de las nueve y media o diez de la mañana la nona llamaba: “¡Chita ven si!, Va a catetme l’pan!”. Me ponía dentro de la bolsa la libreta de tapas de hule negro, me hacía el pedido (“una varillita entera y dos bollitos” o “dos varillitas”). Después, ella, me ponía una camperita de lana si hacía frío y allá partía yo.

Salía por la alta y estrecha puerta del patio, de rejas pintadas de verde, y enfilaba hacia la panadería, por las anchas veredas de ladrillo húmedas de rocío, llenas de hojas secas y con un musgo tierno y resbaladizo que subía de las cunetas y se apoderaba de sus bordes. Yo iba brincando y revoleando la bolsa. Luego de caminar veinte o treinta metros giraba a la derecha en la esquina, bordeando el terreno de los nonos, y pasaba por la salida de las jardineras de la panadería de don J. Después, pasando frente a la mercería de doña I, la casa de los C y la tienda de J llegaba a la otra esquina. Cruzaba el “pasillo” de hormigón -que atravesaba la calle de tierra y que muchas veces era la única senda transitable cuando llovía-, pasaba frente al almacén de Y, giraba a la izquierda, cruzaba otro “pasillo” y llegaba a la panadería.

Cuando abría su puerta, el calor y el aroma me robaban el alma. Olor a pan horneado en hornos de leña, con crostita dorada y crujiente. Olor a blanditos panes de leche y roscas azucaradas.

Quizás después de esperar un rato, me atendía doña V, mujer joven, con lentes y cabellos cortos y rizados por la famosa “croquiñol”. Seca y apurada me decía: “Vos, che, ¿qué querés?”, lo que me daba fastidio. Ella era también la madre de mi querida amiga M con la que compartí años de serena y dulce amistad, pero ni una de sus dulces golosinas.

Su padre, por ahí, se aparecía con su gorro blanco, mandil blanco mangas arremangadas, manos en los bolsillos, cara enharinada. Serio y sin palabras, nos miraba y se iba.

Después de que me devolvían la libreta de anotaciones del caso, y me daban la bolsa con el pan, yo me entretenía con ratito con M, retomaba mi ruta y volvía a casa. Despacio, con la bolsa, ahora, colgada de



uno de mis brazos, cargada de panes sabrosos que, por supuesto, no dejaba de ir probando a lo largo de todo el camino –esto fue siempre motivo de reprimendas que nunca hicieron efecto en mí-.

Uno de esos días, mientras volvía muy tranquila a casa, casi llegando a la esquina, me quedé paralizada y asustada: justo ahí, frente a mí, a pocos metros, estaba T, la más mala, perversa y espantosa niña de la escuela, a la que todas le temíamos. Ella era la que nos desataba el moño de los guardapolvos, nos tiraba el cabello, nos rayaba los cuadernos, y nos robaba lápices y gomas de borrar.

Estaba parada con los brazos en jarra, y me miraba... sólo me miraba... Algo de apoderó de mí en ese momento –¿rabia?, ¿miedo?, no sé-. Corrí hacia ella, le apunté con la bolsa y le di en la cabeza, justo con la argolla, con tal fuerza que cayó en la cuneta llena de barro. Y con el mismo impulso que puse en la acción, seguí corriendo hasta la casa, sin mirar atrás.

Y por ese día, por ese único día, fui una santa. La nona Margarita no tuvo que salir a rastrear por el vecindario para que fuera a la escuela.

En realidad, la santidad me duró varios días, porque tenía miedo de cruzarme otra vez con T, pero nunca más tuvimos conflictos.

Y con el correr de los años, una vez volvimos a vernos. Recordamos juntas ese encontronazo. Ella dijo riendo: “¡ Que bolsazo que me diste!”. Y yo, aunque me reí también, me puse toda colorada.

Recuerdo

El tiempo en que anduve desviada de la buena senda

Por la gracia de Dios, nací en el seno de una gran familia y mi residencia en la tierra fue una chacra en la pampa gringa cordobesa. Crecí sin tener responsabilidades ni miedos, rodeada de mimos, ya que era una nena entre varios primos varones, mayores y también menores.

Los años pasaron y esas responsabilidades llegaron al tener que ir a la escuela. Y también llegó el miedo de tener que separarme de mis padres, ya que vivíamos en el campo, a algunos kilómetros del pueblo, donde estaba la escuela y también mis nonos Juan y Margarita. En ese tiempo, no se iba todos los días al pueblo, por lo que yo debía permanecer de lunes a viernes con ellos. Fue duro para mí. Pero sobre todo o más que todo, para la nona, ya que de algún modo tenía que ocupar el lugar de mi mamá... cosa que no parecía nada fácil.

Mi “experiencia áulica” no era de ningún modo exitosa. El lápiz tenía vida propia y mi mano no lo dominaba, los renglones no acertaban a contener mis letras, y estaba rodeada de caras nuevas. Además, por esa época nació mi hermano, y saber que mis adorados padres estaban lejos y con *ese hermanito* que todavía no me decía nada, sólo aumentaba mis desgracias.

Fue una larga temporada de añorar mi casa y la libertad de hacer y deshacer a mi antojo, y extrañar a mis padres. Con sabiduría la nona manejaba el tiempo, sabía que con paciencia todo se encausaría, y así fue.

Empecé a descubrir los encantos del pueblo, que ¡vaya si los tenía!. Claro está, que había que cumplir ciertas normas pero eso no era tan difícil para mí. Descubrí, por ejemplo, la lectura y el nono me condujo hábilmente por ese terreno, escuchándome cuando leía mis libros y añadiendo de su cosecha relatos y cuentos. Hice amistades, buena cantidad de ellas, algunos del pueblo y muchos otros chicos como yo, que estaban en la casa de sus nonos para ir a la escuela. Iba al cine, a los parques de diversión que acertaban pasar por allí; también al circo, fascinante mundo que me llenaba de admiración y de consternación. Por supuesto, también iba a todas las misas, procesiones, novenas y rosarios que se rezaban y en los que invariablemente me quedaba dormida sobre la falda de la nona.

Ya no extrañaba a mis padres y el pueblo se había convertido en mi mundo familiar. Hacía los mandados a la mañana, iba al mediodía a la escuela, y a la tarde hasta la caída del sol era la reunión con los chicos y chicas del vecindario.

Alguno de ellos me prestó una revista de historietas, no me acuerdo cual fue la primera, sí me acuerdo del interés y la pasión que despertó en mí. Le pedí a mi mamá que me comprara algunas, ¡y sí! Me trajo, pero



era una, era de vez en cuando “¡y no más!”. Y yo no tenía medios para comprarlas por mi cuenta. Las únicas monedas de que disponía eran para comprar las estampillas que pegaba diligentemente en mi libreta de ahorros.

Un día, seguramente que por aburrimiento, o curiosidad, o porque estaba sola en mi casa, se me cruzó por el camino algún ser misterioso y malicioso, que me llevó a que metiera la mano en el bolsillo de un abrigo del nono, que estaba colgado en la puerta de su habitación. Y me encontré con una buena cantidad de dinero, no de monedas sino de ¡billetes! Y... tomé uno y me lo guardé.

Al otro día, sin titubeos ni miramientos, fui a la confitería más cercana, compré una gran cantidad de golosinas y me las comí sentada en la vereda, gozando profundamente su sabor y el solcito de la tarde. Volví a casa sin remordimientos... y nadie dijo nada.

Otro día me dieron ganas de repetir la encantadora experiencia, y otra vez el pícaro ser hizo que todas las cosas estuvieran preparadas para que yo volviera, como quien no quiere la cosa, a meter la mano en ese bolsillo que para mí era la copa de la abundancia. El abrigo, esta vez, estaba guardado en el ropero, pero yo ya sabía donde buscarlo. Tomé otro billete y pasé nuevamente un día fantástico, pero ya no sola, sino compartiendo el botín con mis amigas.

De nuevo, al regresar a casa, nadie advirtió ni dijo nada. En el abrigo del nono seguía estando esa buena cantidad de billetes... ¿Por qué no, también, comprarme unas revistitas, de esas que tanto me habían gustado y que no podía adquirir por mis propios medios?. Y me traje dos o tres de ellas. Y otra vez, nadie dijo nada.

Entretanto, mi audacia crecía conjuntamente con mi popularidad entre mis amigos, a los que yo pródigamente repartía golosinas y prestaba revistitas.

Sin embargo, finalmente, el fabuloso bolsillo se agotó. Esperé a ver qué pasaba... y no pasó nada.

Después de unos días sin mis golosinas y revistas empecé a padecer “síndrome de abstinencia” y el ser maléfico, que esperaba por mí, hizo que por casualidad, una noche pasara por el escritorio del nono justo cuando él guardaba unos billetes rojos dentro de su libro de contabilidad. Todos mis sentidos grabaron ese gesto en mi memoria. Y en cuanto tuve la oportunidad, ya con premeditación, sigilo y con completa conciencia de lo no permitido, volví a tomar un billete y continué mi vida dispendiosa.

Acá, ya la nona advirtió que el número de revistas crecía así como el de cintas, adornitos y lápices de colores, y comenzó a interrogarme. Mis respuestas fueron tan seguras que la dejé conforme. Había comenzado a mentir. Las revistas “eran de tal o de cual”, cosa que podía ser, ya que siempre me prestaban. Las otras chucherías, o “las encontraba” o “me las regalaba mi otra nona”. Tan bien mentía que se acabaron las sospechas. Y yo, segura de que nada saldría mal, seguía confiando en el ser maléfico, seguía sacando dinero.

Yo era chica y todavía no sabía que “a seguro lo metieron preso” y que “las mentiras tienen patas cortas”. En la simple ingenuidad del niño, me atrevía cada vez más a hacer de las mías. Hasta que compré en una tienda vecina dos muñecas; una rubia de ojos azules, toda plástica ella, y otra pelirroja, pelo corto y rizado. Las incorporé al grupo de viejas muñecas... y no pasó nada.

Pero “el que nada no se ahoga” y yo no sabía nada. Mi mamá, rara vez se presentaba en el pueblo a mitad de semana, pero por esa lista de casualidades –que ya no trabajaban a mi favor- llegó ella inesperadamente. La nona la recibió tan bien como siempre y yo, ignorante de mi destino, me fui a jugar. Poco me duró el recreo, ya que al ratito nomás me llamó mi mamá y me llevó a la pieza... Y sin preguntas ni clemencias, me puso sobre su falda, me levantó el vestido y con una chancleta de goma fue poco a poco cortando mis relaciones con ese ser que se había apoderado de mí, de una vez, y para siempre... Gracias a Dios.

Recordando esta travesura con mi mamá, me contó que no se habían dado cuenta de la falta de dinero del abrigo, porque el nono se lo había olvidado allí. Pero habían seguido atentamente mis pasos cuando empecé a sacar dinero de su libro de contabilidad, y sólo esperaban la oportunidad de conversar de esto con ella.



Recuerdo

La mesa

La memoria de una de mis compañeras sobre la mesa de su casa paterna me hizo pensar en la mía, y en que por suerte, todavía está entre nosotros.

La tiene Edmundo, mi primo, en su casa de Santa Fe. Me imagino que no habrá sido fácil acomodar una mesa en la cual se sentaban quince o dieciséis personas. Pero ella predomina, reina, en esa sala. Y en las grandes reuniones vuelve a ser protagonista, como en aquellos días, hace tantos años atrás.

Es una mesa rectangular, de grueso cedro, que estaba cubierta por un hule a cuadros rojos, blancos y con florcitas azules, largo en los costados... Lo que tantas veces sirvió para diversión de algunos maliciosos, porque doblado sobre las faldas formaba una canaleta en la que se echaba vino. Este se hacía circular hasta el candidato elegido. Y el desprevenido, que no estuviera formando la canaleta, recibía el chorro de vino sobre sus piernas en medio de las risas generales.

En nuestra mesa se acomodaron los chicos y los grandes, los de casa y los de afuera, un colorido paisaje humano: avezados políticos, circunspectos sacerdotes, jornaleros de paso, profesionales y comerciantes en plan de negocios, y hasta linyeras, previo pasaje por el agua y el jabón, y a pesar de la sostenida resistencia de las mujeres de la casa.

También fue mesa de juego. Ahí arriba bailó la perinola, se amontonaron las cartas de truco, chichón, “mura”, y de “culosucios” jugados por los chicos con sus mamis. Y ¿qué chico no se metió alguna vez debajo de ella, jugando?.

Ella fue testigo de conversaciones tranquilas o acaloradas discusiones; de canciones en piemontés, que después de unos vinos se tornaban picarescas; de silencios cuando el que venía del pueblo contaba que alguien había fallecido. Era la mesa en que se repartía el dinero que las mujeres ganaban con la venta de diversos productos. Y en la que ponían los rulos, que manos habilidosas enroscaban en alguna melena.

En las tardes hacía de mesa de planchado, primero se apoyaban planchas de carbón, después de nafta blanca o bencina, y por último las eléctricas.

Para los almuerzos y las cenas se cubría con generosas ollas de “bagna cauda”, o raviolos, con sartenes con “sautizzas” de cerdo o polenta, que algunos se servían con leche y otros –como yo- con salsa de pajaritos. Fuentes de verduras frescas y hongos recogidos en el campo –que llamábamos “bullé”-, soperas humeantes, fruterías repletas. También se cubría con diversas botellas con vino rosado y tinto, espumantes, vermouths, gruesos sifones de soda.

En definitiva, era el centro de la vida de la casa. Esa mesa es un símbolo del amor y el calor de la familia, entre nosotros, piemonteses, puesto que la comida es una ceremonia valiosa que congrega y que perdura.



ALBERTA BACELLS

Lagunilla

Alberta Bacells

Nació en Pilar, provincia de Córdoba, y ejerció la carrera docente. Hija de padres españoles, vivió y cursó su escuela primaria en diversos pueblos del interior: La Lagunilla, Pilar, Villa María. Parte de ese recorrido y experiencia está reflejado en su obra.

Lagunilla (Pilar – Córdoba)

Aquí me siento tímida y pensativa por el tema que quiero abordar. Ubicarme en aquel escenario feliz de mi infancia. Lugares y tiempo que me absorbieron tanto.

Durante años creí que allí empezaba y terminaba el mundo.

Aquellos caminos bordeados de poleos, piquillines y chañares que enmarcan los sembradíos de maíz, trigo, maní y girasol con sus enormes flores amarillas que siempre miraban el sol. Cuando salíamos temprano sus flores, siempre en posición ceremoniosa, miraban el suelo. Al volver, después del mediodía, ya estaban orando, mirando hacia el cielo. Aquel cielo que cubre la bóveda celeste entre Lagunilla y Pilar, cielo de nubes entrecortadas.

(Segundo, un peón que estaba en el campo, un día miraba consternado hacia el oeste, casi sobre la hora del ocaso y me dijo: mirá esas nubes que se desarman como algodón, por allí, en ese lugar, hoy ha muerto alguien).

Pasando los años supe que no había muerto una persona sino millones, pero aquel sentimiento quedó imborrable en mi corazón. Quizá a Segundo se lo había contado alguna abuela, para mitigar algún dolor, tal como lo hacemos con un niño cuando pierde un ser querido).

Aquel cielo que miré y que creía que era único y que era mío cuando contemplaba las estrellas.

Y la luna, que era la morada de San José, la Virgen María y el Niño que iban sobre su burro –al contemplarla veía sus formas-, tan distinta de aquella otra luna roja, que salía del horizonte y me aterrorizaba, y que veía muy diferente a la que alumbraba las noches, cuando está en plenitud.

Allí donde se perfumaban los campos, con gratificantes olores a hierbas silvestres, se veían los animales que pastan tranquilos desde el amanecer. Allí estaba la enorme casona que me vio nacer y crecer en mi primera infancia, rodeada de eucaliptos, de aves que hacían sus nidos en los aleros, mariposas que revoloteaban luciendo sus colores, abejas que trabajaban para obtener la miel más transparente y pura, y que cuando caían al estanque, junto con mi hermana Irene, pasábamos horas realizando el salvamento. No queríamos que murieran ahogadas.

Allí en el estanque donde caía el grueso y traslúcido chorro de agua, cuando la rueda del molino giraba.

Bajo ese mismo cielo que entonces era mío, estaba la escuela que compartía esa parte de esa vida. La escuela de galería larga y piso rojo, bordeada de grandes arcos. En el centro de uno de ellos estaba el escudo de la identificaba “Escuela Fiscal de la Provincia”.

Los ladrillos de esa escuela se fabricaron en mi casa, atrás del parque de paraísos, más allá del alambrado. Allí vi trabajar el barro, convertirlo en rectángulos, armar el horno que los quemó durante varios días hasta cocinarlos.

Por las noches era placentero ver las llamas que cambiaban de color, mientras que los ladrillos pasaban del rojo incandescente al rojo dorado.



En el colegio, sobre el piso brillante, jugábamos a la Payana, al Ta-Te-Ti, y en sus patios nos dedicábamos al Mantanero Li Ru La, al Martín Pescador, al Panadero, Bajo el Puente de Aviñón y otros juegos inocentes que tan felices nos hacían, éramos niños despreocupados y tranquilos.

Los ojos de nuestras maestras velaban por nosotros. Aquellas heroicas maestras a las que siempre he recordado, y creo que hasta algunas veces he imitado por el respeto y la admiración que por ellas he sentido.

Porque no brindar, entonces, mi homenaje escribiendo sus nombres: María Angela Peñaloza, que se trasladaba año tras año desde La Rioja, Elena Fons de Arroyo, oriunda de Córdoba. Recuerdo sus letras y hasta sus firmas.

Sé que no existen ya, pero si las pudiese ver las reverenciaría de rodillas. Pasando los años cada vez valoré más su labor. Ellas nos dieron mucho, nos dieron todo y no cobraron desarraigo.

Concurrían a la escuela los hijos de las familias Martínez, Peretta, Picatto, Demaría, Druetta, Marano, Jacob, Jiménez, Camaraza, Aguirre, Margalef, Monzó (nuestros vecinos más cercanos y nuestros compañeros diarios de juegos). Sé que no menciono a todos, otros muchos pasaron por la escuela, pero no quiero dejar de mencionar a la Tocha, la hija de la maestra.

Aprendimos a leer y escribir, las cuatro operaciones –esto implica las tan temidas tablas-. Nuestras maestras supieron tener la paciencia y empeño necesario. En esa época no existía la exigencia de maestras particulares, además eran muchos los padres totalmente analfabetos, pero ellas tuvieron la voluntad suficiente para obtener los logros que en este momento no se ven en los colegios.

En estos recuerdos no quisiera olvidar a los medios de transporte que utilizábamos para trasladarnos al colegio, y unidos a ellos las travesuras que a veces cometíamos.

Había algunos alumnos que vivían más cerca de la escuela y se iban caminando, otros llegaban a caballo y algunos utilizaban el sulky, entre ellos estábamos nosotros.

En mi casa eligieron para atar el sulky un caballo viejo que ya no servía para otras tareas. Por sentimentalismo no habían querido enviar al caballo al frigorífico, recordando que había sido un caballo tan bueno y servicial. Se llamaba Pangaré, tal como se les dice a los caballos de color anteado y de hocico blanco amarillento.

Salíamos diariamente los hermanos camino a la escuela. Con nuestro sulky, Pangaré que hacía lo que se le daba la gana, el día que quería caminar, caminaba, el día que se le antojaba trotar, trotaba, y había veces que nos hacía reír durante todo el camino porque con sulky y todo galopaba. Quién conoce de caballos comprenderá que sólo a Pangaré se le podía ocurrir tal originalidad.

Pero Pangaré quedó en la historia no sólo por eso, sino también por otras particularidades. ¡Pobre!... como estaría de cansado que del portón de la escuela no pasaba, si alguna vez hubiéramos querido seguir el viaje más allá era imposible, y cuando estábamos en el lugar exacto de cada día, al llegar se acostaba con sulky y todo, y con el toque último de campana se levantaba, y en cumplimiento de su deber, estaba listo para partir hacia la casa, jamás hubiese ido para el lado contrario.

Un día a Pangaré lo venció el cansancio. Entonces seleccionaron entre otros animales uno de confianza. Era una yegua jaspeada que se llamaba Sarca, tenía un ojo de cada color, a eso se debía su nombre.

La Sarca era buena yegua, tenía un solo defecto, cuando se le adelantaba otro sulky conducido por un animal más veloz, no se quería quedar atrás y se apuraba sin que se lo ordenara. Todo iba muy bien... hasta el día que una de las chicas Monzó llegó a la escuela con un sulky muy liviano preparado para correr carreras. Tenía ruedas de bicicleta y el caballo estaba adiestrado para esa tarea. Cuando el sulky salió de la escuela, la Sarca se sintió en competencia. Eso fue terrible, los dos animales comenzaron a correr, el caballo de carrera omitió el camino que le correspondía, su conductora había perdido la autoridad, lo mismo que nosotros. Y los dos animales corrieron intentando ganar.

Alertados en la casa de Monzó y en la nuestra, sin entender bien qué pasaba, salieron cruzando campos para acortar camino. Sufrimos desesperadamente, pero llegamos al pánico cuando cerca de nuestra casa, doblando por el último camino, el sulky de carrera se enganchó en un árbol. Saltaron las ruedas hacia un lado, el asiento hacia otro y su ocupante rebotó hacia cualquier lado, pero los animales no cedieron en su competencia hasta que llegaron al patio de la casa.

Allí se quedaron como los caballos más buenos del mundo. Socorrida la damnificada, apareció el alivio, estaba ilesa, ni un rasguño, ni un moretón. A partir de ese momento la historia pasó a ser una anécdota risueña.

Así son los mil recuerdos de esa porción de mundo que marcó mi infancia.



Ahora la escuela está remozada, ampliada, funciona un CBU. Hace un tiempo, cuando me detuve para observarla, sentí que la piel se me erizaba y que los recuerdos surgían unos tras de otros. Los árboles aún están como testigos mudos. Los eucaliptos que alguna vez plantamos y regamos con latas de aceite que tenían una manijita de alambre.

Si un árbol se secaba, los 11 de septiembre, día del maestro y del árbol, los varones hacían un pozo, y en ceremonia junto a las maestras poníamos otro árbol para reemplazarlo.

¡Cuántos recuerdos! Siento que mis ojos se empañan, y un no sé que me hace un nudo en la garganta.



MARÍA TERESA PONS DE CORCHERO

Mis raíces y yo

María Teresa Pons de Corchero

Nació en Villa María el 6 de septiembre de 1921, ciudad donde reside. Teresa fue profesora de contabilidad hasta su jubilación, durante diez años formó parte de la comisión de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Algunos de sus trabajos fueron publicados en diarios y revistas de Villa María, Río Cuarto, Córdoba y Menorca (España). Su afán de escribir se prolonga en una serie de poemas y los cuadernos donde registra sus viajes a Menorca. Publicó sus memorias con el título **Mis raíces y yo** en 1999.

"Como tengo muchos años, pero la mente muy lúcida, gracias a Dios, he pensado dejar en el papel todos los recuerdos de mi niñez y aquellas cosas que me contaban mis padres. Cuando alguna vez los nietos y bisnietos lean estas páginas tal vez piensen ... ¡pero a nosotros que nos importa lo que pasó hace tantos años...!, pero es que a mí sí me importa, porque es la historia de mis raíces, y estoy segura que alguna vez recordarán lo que su abuela María contaba y lo harán con nostalgia" (MTPC).

Mis raíces y yo

Mi madre

María Casanovas Mercadal nació el 31 de octubre de 1897 en Ciudadela (Menorca), España. Falleció el 29 de agosto de 1959 en Villa María (Córdoba), Argentina.

En Ciudadela estuve en la casa de mi bisabuelo José Casanovas Llorens, ésta era la casa que tenían en el pueblo cuando iban los domingos, la llamaban posada, pues ellos vivían en el campo, en Són Toni Martí.

En el año 1901 se vinieron a Argentina las dos hermanas de mi abuelo, Magdalena Casanovas, casada con Juan Casanovas Bosch ("el abuelo viejo"), y María Casanovas de Salort. Mis abuelos, entusiasmados por las cartas de sus hermanas vendieron todo y se vinieron a Argentina.

Llegaron al país en 1903 -debió ser más o menos a fines de mayo-, con sus cinco hijos y el hermano de mi abuela. Mamá era muy pequeña, tenía seis años. Me decía que del viaje no se acordaba nada, sí de la aduana. El comedor del hotel de inmigrantes le parecía enorme, tenía mesas larguísimas, los chicos quedaban embobados mirando como un camarero, en un extremo, con el alto de platos de latón, uno a uno los enviaba de un solo golpe a sus lugares exactos, para los chicos esto era una hazaña. No sé si alguien los esperaba pero sé que fueron a Córdoba y vivieron con "el abuelo viejo" y su familia en la calle Rioja, estaban cerca de la Avenida General Paz, porque contaba que iban con sus hermanos y primos a jugar con las cadenas que rodeaban la estatua ecuestre de la "plaza del caballo".

Al poco tiempo sufrieron el dolor de perder a su madre. En septiembre de ese mismo año tuvo mellizos, uno muy gordito, y el otro chiquito y flacucho. A los tres días murió el bebé más grande, no se habían dado cuenta que no orinaba, esto se debió a que la madre estaba muy mal, tan es así que murió en octubre.



Es de imaginarse el drama de esta casa con tanta gente. Mi abuelo José quedó con siete hijos, el bebé era el tío Manuel -"los abuelos" Juan y Magdalena también con siete hijos-, el mayor tenía doce años, el tío Antonio, Magdalena, María, Juan, José, Pilar, la tía Sara, y la única mujer, la pobre abuela vieja. Creo que tenían un almacén, supongo que el abuelo José trabajaba en el campo.

Al año mi abuelo con sus hijos fueron a vivir a la estancia La Lagunilla, era encargado de un puesto cerca del casco de la estancia, a la que le decían "la casa grande". Al tío Manuel, siendo un bebé, lo habían internado en la Casa Cuna. Mamá recordaba que su hermana Anita era una niña muy bonita y cuando falleció la madre, la familia Seguí, dueños de la panadería La Europea, le pidieron que les diera a la tía Anita; decía mamá que ante esto su padre respondió que "no había venido a América para dar a sus hijos como si fueran gatos", y así todos se fueron al campo. Los dueños de la estancia eran "misia" Eloides González y Agenor Villagra, quienes tenían seis hijos, algunos mayores y otros de la edad de los hijos del "puestero". Mamá recordaba a dos de las niñas, un poco mayores que ella, al niño Federico, al niño Agenor y al niño Juan María. Estos tres eran compinches del tío Lorenzo, de Pepe y de Juan, todos desaparecían horas enteras, iban al monte cercano a cazar pajaritos o al huerto a comer duraznos.

En el puesto sembraban maíz, zapallos, melones y sandías, además del huerto de duraznos. Algunas veces bajaban hasta Córdoba. Cuando el abuelo tenía que hacer alguna compra, dejaba a los mayores en el campo y cargaba a los otros en la volanta tirada por dos caballos. Los dejaba en la casa del abuelo viejo mientras hacía las compras, y a veces se demoraban un par de días.

Durante la temporada de invierno carneaban tres o cuatro chanchos por semana, preparaban sobrasadas, butifarrons y cuixots, y toda la producción de chorizos y grasa la vendía su padre en Córdoba.

Contaba mamá que para la revolución de 1905 -creo que fue de la Unión Cívica Radical contra el gobierno-, estaban en Córdoba. Con sus hermanos y primos se subieron al techo de la casa y desde allí observaban como se luchaba en la calle; cuando los padres se dieron cuenta que la chiquilina estaba en el techo se armó un gran alboroto, las balas les pasaban silbando y esto los niños lo festejaban con grandes risas.

El tío Lorenzo trabajaba en la panadería La Europea. Contaba mamá que la señora de don Seguí era parienta de él. Sus hermanos Pepe y Juan trabajaban en la panadería La Sin Bombo. Hacía varios años que las dos hermanas de su padre, las tías María y Magdalena, vivían con su familia en Villa María. Con el tiempo, su padre decidió vender todo y venirse a vivir junto con sus hermanas. Con él se vinieron mamá, sus hermanos Loro, Manuel y el tío Lorenzo. Aquí la tía María y Juan Salort tenían un bar en una casa que era propiedad de la Asociación Española. La tía Magdalena y el abuelo viejo tenían panadería en la calle Buenos Aires.

Mi padre

Jaime Pons Janer nació el 7 de junio de 1892 en Ferrerías (Menorca) España. Falleció el 12 de septiembre de 1961 en Villa María (Córdoba), Argentina.

Cuando viajé a Ferrerías, una prima de papá muy viejita, llamada Margarita Riudavets, me contó cosas de la familia. Así me dijo que mi bisabuelo Miguel Pons trajo el primer carro a Ferrerías, y que el primer trabajo fue transportar las piedras para edificar la Iglesia del Santísimo, cuyo patrono es San Bartolomé.

Margarita me contaba cómo eran las fiestas de "Són Bauló" en Ferrerías. Mientras vivió "es Vei Baulo" fue una costumbre muy simpática que duró muchos años. Y esa tía muy anciana me lo explicó así: El último día de Carnaval, el martes -le dicen "es derré día"-, mi bisabuelo Miguel -es Vei Baulo-, salía con todos los niños por las calles del pueblo y cantaban "¿Qué tenéis res per Són Bauló?" -¿Tenéis algo para Son Baulo?-, y todos los vecinos entregaban algo, aceite, arroz, papas, verduras, y se preparaba la gran comida en "Sa font de sa plaza" -la fuente de la plaza-. Cada año participaba más gente, y cada uno llevaba algo, finalmente tuvieron que ocupar a tres cocineras, y como en la plaza la gente no cabía colocaban mesas frente a la iglesia. Y contaba que primero eran los niños, pero después iban los grandes, y hasta los "señores" iban a la mesa de Son Bauló. Los abuelos llevaban personalmente el plato a los enfermos y a los ancianos que no podían ir a la plaza. Al principio mi abuela preparaba los crespellets, pastisets y cocas, pero luego las mujeres del pueblo la ayudaban. Por la tarde, mi bisabuela Catalina ofrecía una función de títeres con muñecos y textos preparados por ella, y hacía intervenir a los chicos con cantos y bailes. Durante todo el año se esperaba esta fiesta. Cuando es Vei Baulo murió se dejó de hacer esta tradicional fiesta en Ferrerías.



Los abuelos Miguel y Catalina vivían en Ferrerías en la calle San Bartolomé. El abuelo trabajaba en el campo y la abuela tenía en la casa una "tienda" -lo que nosotros llamamos almacén-. Conocí esta casa, y las personas que vivían allí muy atentas y simpáticas, me mostraron las habitaciones y me dijeron que estaba todo igual. El único cambio que habían hecho era que de dos habitaciones pequeñas hicieron una grande. Y me contaron que, al voltear la pared, encontraron un hueco con una piedra en la que está escrita la fecha 1887, y varias pesetas -me las regalaron-. Cuando se las mostré a las tías, no pudieron decirme qué significado tenía la fecha, pensamos que podría ser cuando alguno de los hijos se fue al servicio militar. Hay que recordar que en aquella época hacer el servicio militar era un duelo para la familia, pues eran doce años de peligros, los mandaban donde había guerra, a unos a Cuba, otros a Filipinas y a Melilla. Contaba papá que cuando su padre estuvo en el ejército le enseñaron a confeccionar calzado para los soldados. Así que cuando sus padres se casaron y fueron a vivir a Son Bauló, su padre además de trabajar en el predio, durante muchos años se ocupó de hacer calzado para el ejército. Cuando tenía diez años mi padre ya ayudaba en el taller de zapatero, decía que el calzado era muy bueno, y que los "señores" le encargaban los zapatos a medida.

Mi padre llegó al país en abril de 1911, zarpó de Barcelona el día 7 de abril en el barco Principessa Maffalda, con 19 años. Al igual que a su hermano, el padre prefirió mandarlo a América, saberlo sano y salvo y no permitir que padeciera años de peligros en el servicio militar; él era socialista y prefirió perder a sus hijos antes que sirvieran al rey, pues era antimonárquico a muerte.

Papá vino con un amigo suyo, Sebastián Marqués, de la misma edad, y con una familia del pueblo, doña Margarita y don Antonio Llabrés y sus cuatro hijos. Papá vino directamente a Villa María, a vivir con su hermano Miguel que estaba con la familia Mercadal Mir en la quinta llamada La Fundición, donde estuvieron varios años hasta que su hermano se casó con Catalina, y se fue con ellos a una casa que tenía dos habitaciones, la cocina, una galería, y un cuarto chico donde dormía papá.

Un año le dijeron que se ganaba buen dinero en la cosecha de maíz, y se fue a probar suerte. A la semana estuvo de vuelta, siempre recordaba que dijo "pues el que sembró el maíz que se lo coseche", y siguió trabajando en una panadería con su hermano.

Mis padres se casaron el 24 de julio de 1920 en la iglesia parroquial La Inmaculada Concepción de María, hoy catedral y santuario, sus padrinos fueron, por parte de mi padre su hermano Miguel y por mi madre, su prima Magdalena Casasnovas. Al poco tiempo papá decidió poner un taller de zapatería por su cuenta.



JUANA DANGL

Una casa verde con jardín de rosas

Juana Dangl

Nació en Puerto Aysén, Chile, paraje del sur cordillerano. Juana ha vivido desde 1964 en Argentina, y desde 1995 escribe poesía y narrativa entre Caleta Olivia (Santa Cruz) y Córdoba.

“Mi padre, Juan Dangl Vitral, era un “chilote capitalino” (Ancud fue la capital de Chiloé, en el mapa antiguo) y descendía de austríacos-alemanes, de profesión relojero. Su madre Juana Francisca Vitral Castanget, era de rama francesa. Nacida en Uruguay y criada en Punta Arenas. Mi madre, Clorinda Duamante Andrade, también era de Chiloé, pero de las islas, de familia lugareña que vivía de siembras, crianza de algunos vacunos y aves de corral, cuyo pan provenía de su propio molino” (JD).

Una casa verde con jardín de rosas

Una señora grande en edad y talla era doña Pancha. En mis cortos años nunca le vi las piernas. Sus blancas enaguas y el refajo en punto pavo real daban abrigo y señorío a esa falda larga que colindaba con sus zapatones.

Uno de los atributos de su edad lo marcaban esas trenzas que ataba bajo la cintura, un pañuelo de seda doblado que sujetaba sobre su cabeza dejando en libertad su frente, y completando su atuendo, un infaltable delantal, quizás herencias del 1880.

Doña Pancha tenía una casa lustrosa, verde y empinada sobre una loma. Por unos tablones resbaladizos cruzábamos el zanjón que crujía al compás del canto de los renacuajos. Ese paseo con mi mamá era mi favorito.

Me fascinaba contemplar el paisaje ribereño a través de los angelitos a crochet, y antes de volver a mi casa correr al W.C. que estaba al fondo del patio, y luego jugar entre los arcos de rosales mezclados con frutos de la arboleda.

Ella abría la puerta de par en par. Después de los abrazos, nos invitaba a sentarnos detrás de la cocina y ponía más leña para avivar el fuego y el calor.

Enseguida colocaba su colosal tetera sobre la plancha. Luego en una asadera vieja desparramaba granos de café y unos garbanzos en horno apurado. Cuando el aroma impregnaba la casa, sacaba la asadera para rociarla con un fino baño de azúcar. Al dorarse, los granos pasaban por el molinillo, ya molidos iban a parar a la bolsa de la cafetera, con trocitos del café de higos que adensaba la infusión.

El gran comedor de doña Pancha era cálido como ella. Nosotras tres perdidas en aquella inconmensurable mesa degustábamos ese momento. Una rosa enlozada se perdía bajo el pan casero. Para completar el festín aparecían los dulces de grosellas, frambuesas, murtas y mosquetas producidos por el juego de sus manos. Terminado el rito, ellas comenzaban a hablar de “sus cosas”, entonces mis ojos se perdían dentro del canasto que guardaba el tiempo manual de esa “encantadora dama”.

Ella vivía sola, sus hijos ya habían partido a lugares extraños. Por eso deambulaba en silencio por aquellas habitaciones y después trabajaba en la huerta., su viejo canasto contenía los recuerdos, allí



descansaba el huso con su panza de lana. Redondeles de telas coloridas a los que zurcía en los bordes y tiraba del hilo, después estos se convertían en alfombras, cojines o acolchados.

Mi niñez no entendía por qué doña Pancha entretenía sus días así. Hoy que abrimos las puertas al 2000, recién comprendo aquel empeño. Los años también pasaron para mí y hace tiempo que vengo tejiendo cuadraditos a los que llamo “matatiempos”. Quizás acuñé la herencia de aquella abuela prestada, la única que hubo en mi vida, en cuya casa todo me parecía tan grande.

Los tejidos de mi tía Lala

Mi tía Lala estaba llena de años. La recuerdo rucia, huesuda y larga. Compartir horas con ella era sentirse pan casero al que untaba con su afecto. Sentada a tu lado ella era cómplice de tus ocurrencias aunque fueran tonterías. Te hacía sentir importante.

La baquelita de sus agujas entretejía historias igual de amarillentas que su memoria; ella tejía los tiempos en punto “arroz con leche”.

Cuando Lala era niña, vivía con sus papás a la orilla de un río muy “estúpido”, ya que en cada primavera se unía a los deshielos y juntos arrasaban árboles, ganado y pedregales. Los troncos y las vacas boyaban en la corriente, entonces se comía la ribera derecha, una y otra vez hasta llegar a la casa de los padres de Lala. Ellos no tuvieron más remedio que levantar la vivienda sobre unos troncos, y las yuntas de bueyes tiraron por horas hasta dejar la casa diez cuerdas más arriba. Al cumplir doce años, el padrino de Lala trajo un sillón oscuro y lustroso, ella siempre estuvo orgullosa de aquel obsequio.

En mis primeros años, los días domingo me llevaba a misa, y al volver de la iglesia me sentaba en un banquito y desarmaba mis trenzas frente a su sillón mientras me peinaba con un peine cuadrado de hueso. Entonces ella cantaba:

“Que linda, que linda es la rama,
la fruta, la fruta se ve.
Si lanzo una piedra,
tendrá que caer.

No es mío,
no es mío, ese huerto
no es mío, lo sé
pero yo de esa fruta, quisiera comer”.

Cuando terminaba de revolver mi cabeza ya era la hora del almuerzo. En tiempos de frutas corríamos el sillón bajo el ciruelo, y cuando ella iba en busca de su tejido yo me trepaba a las ramas altas a degustar los amarillos frutos. Ese maravilloso momento duraba hasta que se me destemplaban los dientes, era la hora de volver al suelo.

De sus recuerdos mi relato preferido era ése de la orilla del río, el que ella siempre accedía a repetir:

“En la casa de la calle Simpson había un rosal, yo era muy miedosa. La mamá siempre me decía “no vueltas tarde”, pero mis jugarretas no me dejaban volver antes de caer el sol. Pero una vez que estábamos corriendo a nuestra sombra en la orilla nos alejamos hasta que se la llevó el agua. Había oscurecido. Al llegar a mi casa aquel rosal con dos lunas por ojos me resoplaba chispeante. Sus ramas parecían un puerco espín y del soplado salían piedras pequeñas. No pude abrir el portón, su cadena no me respondía y grité tanto que mis primas, un par de casas más allá, vinieron a socorrerme y entramos a casa. Al día siguiente salí a mirar y allí estaban las piedritas de colores con las que el Cuco me había asustado. Lección aprendida hasta que otros juegos me hicieron olvidarla”.

La tía Lala fue muy especial, además me inculcó el arte de tejer alegrías aunque fueran muy ásperas aquellas madejas.



La mesa

Ella es un cuadrúpedo de madera. Las cualidades de su lomo y pelaje dependerán de quien la posea. La mesa de mi casa estaba hecha de tres tablones de cigüello muy cepillado, así resaltaban su brillo y vetas rosadas. Alrededor de ella, papá, mamá y yo pasamos lo mejor de nuestras vidas. Ahora que está al caer el día del padre, aquella mesa pasa a tener otro valor y otros recuerdos. En los tiempos de la escuela elemental papá era mi silabario humano, además de ser mi dibujante de árboles, de vacas, caballos y mapas, éstos con el sur que abunda en recovecos. En la escuela secundaria fue mi oreja para la historia. Mezclábamos lecciones con programas radiales, y así las clases del profesor Brousain: “Cuando la tierra se iba achicando, se iba condensando...” se entremezcla con “La hora alemana” o los vales vieneses. A los griegos o a los romanos mi papá los nutría con su mazamorra de leche con azúcar y sal, aprendida de su madre. Mi mamá no nos acompañaba en el festín, esa no era comida de su agrado. Ella, por su crianza campesina, hacía su mazamorra con manzanas “camuestras”, fruto silvestre de sus pagos. Pero en cualquiera de los dos casos la “harina humedecida” era la protagonista en acción. En los inviernos mi papá traía a la cocina sus “enfermos”, sobre la cálida tabla curaba sus dolencias. Con la lupa en el ojo la cirugía era perfecta. Al eje quebrado le arreglaba la renguera. ¿Rubíes rotos?, los reemplazaba con otros mejores, ¡todo tenía mejoría entre sus pacientes, era un relojero que trabajaba con amor! Y así, a los problemas caseros, quizás por efecto de su educación en el seminario, los desmenuzaba con palabras. Tiempos que han quedado atrás, pero aquella ternura que enarbolaba mi padre, aún flamea en el frente afectivo de mi casa.



BEATRIZ LAURA CESIRA DEGIOVANNI MENCHETTI

Objetos perdidos

Beatriz Laura Cesira Degiovanni Menchetti

Nació en la ciudad de Río Cuarto, aunque la mayor parte de su vida ha transcurrido en la ciudad de Río Tercero.

Sus orígenes familiares muestran un claro ascendiente italiano: sus abuelos paternos provenientes de Cavour y Bibiana, sus abuelos maternos de Ancona y Macerata. Reside desde 1995 en La Serranita, Córdoba.

Objetos perdidos

Todavía recuerdo la caja con huesitos de costillas de asado que guardaba entre mis objetos preferidos.

En el año 1948, y durante algunos años más, vivía en Río Tercero, podíamos disfrutar de nuestro hermoso río Citalamochita, un balneario muy poco tocado por la mano del hombre.

Los sauces crecían a la orilla de su cauce, sus ramas se mecían por la suave brisa y tocaban el agua cristalina que bajaba entre las piedras y formaban los “rápidos”, como nosotros le decíamos. Su música continua nos invitaba a colgarnos de sus ramas y balanceándonos nos tirábamos al río.

Todos los veranos nos visitaban los tíos con sus familias. Los tres meses de vacaciones estábamos acompañados, a tal punto que cierto día una vecina le preguntó a mamá si teníamos casa de pensión. Hacía poco tiempo que nos habíamos mudado de barrio. Tres de mis primas se instalaban en la casa, y aunque sus papás regresaran, ellas se quedaban con nosotros disfrutando el verano. Con mis dos hermanas formábamos un grupo de seis niñas.

Mis padres junto con mis tíos se turnaban para llevarnos al río. Recuerdo la coupé de tío César. Felices nos sentíamos cuando paseábamos en ella, con los pelos al viento, nos divertíamos tanto. Todas íbamos amontonadas en el asiento de atrás.

Las tardes de río siempre culminaban con un asado. Los improvisados asadores, dos grandes piedras, sostenían la parrilla que traíamos de casa, y quien hiciera el asado debía estar bien entrenado para tal fin. Papá nos había enseñado a comerlo y dejar las costillas limpias, blancas como él decía. Para nosotras era un orgullo cuando lográbamos dejarlas así.

Cierto día se me ocurrió guardar un huesito por cada asado que compartía con mis primas. Tenía una caja donde los recogía y anotaba en un cuaderno el acontecimiento.

Por supuesto que cuando ellas partían el huesito ya estaba en la casa, y en el cuaderno el recuerdo de mis lágrimas. Nunca me gustó que la gente se fuera, lloraba siempre, no entendía por qué debían irse. Cuando yo viajaba a visitarlos me sucedía lo mismo, no quería volver a casa.

Continúo contándoles la historia de mis queridos huesitos. Había guardado muchos, no sé cuántos, porque a cada ser querido que nos visitaba lo agasajábamos con un asado. Yo, sin que nadie me viera, guardaba un huesito.

Cierto día, y ya tenía más de veinte años, regresaba de mi trabajo, era secretaria de gerencia en Atanor. Cansada y con ganas de recuperar energías para recibir a Kuky, hoy mi esposo, porque ese era “día de visitas”, mi mamá me increpó: “¿Y esa porquería? –había encontrado mi tesoro, la caja con huesitos-, ¿por qué guardas esto?”.

“Pero mamá eso es mío, ¿por qué me lo quitas?”. Le respondí.

“¿No te parece que ya sos grande y podés dejar las cosas de la infancia a un lado?”. Fue su respuesta.



No contesté, lloré un largo rato, sentía invadida mi intimidad... pensé mucho, mucho. Con el correr de los días decidí desprenderme de tan preciado tesoro. Sin que nadie me viera, junto con el cuaderno, los arrojé al fuego que papá estaba preparando para hacer un nuevo asado. Fue como despojarme de momentos felices de mi infancia, de las inolvidables vacaciones que junto a mis primas disfrutábamos tanto.

La mesa de cocina

La mesa de cocina de mi casa paterna era de madera muy blanca y de grandes proporciones, 2.50 x 1.20 de ancho. Reposaba sobre anchas y sólidas patas que papá había pintado de color gris muy claro. En el medio tenía un cajón de unos 60 cm., donde mamá guardaba los libros y recetas de cocina.

En esa mesa mamá amasaba los tallarines que comíamos casi todos los domingos. Eran admirables las enormes masas redondas y muy finas que mamá amasaba, ayudada por un palo de escoba que papá le había preparado para tal fin, debían estar sobre la mesa hasta que se secaran y eran tan largas que colgaban de ambos lados. Era la oportunidad que mi hermanita Susana aprovechaba para esconderse debajo.

La mesa se mantenía impecable, siempre limpia ya que se cubría con hule para las otras tareas. Allí Eve, Susana y yo hacíamos los deberes. ¡Cuántas veces escribíamos con lápiz o con lapicera con plumín, hacíamos dibujitos en el hule y desparramábamos la tinta!, mamá se apresuraba a limpiar para que no se manchara la madera.

También nuestra mesa fue testigo de las tantas mezclas de pintura al óleo que papá practicaba antes de llevarlas a la tela. Utilizaba la punta de la mesa para disponer la caja de pinturas, el florero de boca ancha, hecho con madera de palo santo y repleto de pinceles de distinto tamaño. Allí asentaba la paleta y los trapos para limpiarlos.

El caballete con el cuadro de turno, ubicados a su lado, esperaban pacientemente que la mano del artista se decidiera a trabajar.

Una enorme lámpara con luz de día y una gran pantalla colgaba desde el techo e iluminaba toda la mesa. Cuando papá ocupaba su lugar en la punta, la luz se reflejaba en sus lentes ocultando sus enormes ojos color cielo.

Era la única mesa que había en la cocina. ¡Cuántas veces me enojaba porque hablaban los mayores y no nos hacían partícipes de las conversaciones, “es tema de adultos”, nos respondía papá!.

Otras veces, después de almorzar o cenar, papá acostumbraba a leer un largo rato. Se acomodaba la mesa, y mientras mamá preparaba un “tecito” digestivo, papá seguía sentado en el mismo lugar enfrascado en la lectura. Le apasionaban los temas relacionados con los ovnis. Leía la revista “Ocruzeiro” que recibía por correo, también “Selecciones de Readers Digest” que coleccionaba. Era inútil querer interrumpirlo, hasta que no terminaba de leer el tema papá no escuchaba.

Esta mesa también fue escritorio. Cuántos pedidos hechos y rehechos, de cálculos de madera, de raulí, de peteribí, pinotea, pino chileno, roble, araucaria y tantas otras que papá debía comprar para cumplir con los presupuestos dados de muebles estilo provenzal, francés o tal vez algún americano, fileteados, quizás tallados o enchapados. ¡De esas manos de ebanista salían maravillas!.

Por las tardes mamá usaba la mesa para abrir las telas y los moldes se acomodaban sobre ella, mientras los alfileres se escapaban impacientes de la caja que los apisonaba. La tiza corría presurosa alrededor de los moldes cediéndole el lugar a la tijera. Mamá cortaba las telas bajo la mirada vigilante de la nona Teresa. ¡Que hermosas prendas fabricaban!, un guardapolvo, un tapado, quizás algún vestido, no se animaba a cortar pero sí coser. Era tan prolija que nos costaba adivinar cual era el derecho de la prenda.

Disponía la máquina Singer, recuerdo de la nona Cesira, la mamá de mi mamá, al lado de la mesa, el costurero con los hilos en ella descansaban, y allí se trabajaba casi todas las tardes, mientras nosotras hacíamos los deberes.

Otras veces la mesa se cubría con ovillos de lana de hermosos colores. Con un poco de imaginación se podía ver reflejado en ella el arco iris, mamá elegía los colores para comenzar a tejer un suéter y la nona los separaba para fabricar con la aguja crochet los cuadraditos que luego se transformaban en hermosos cubrecamas.



Fue la mesa testigo silencioso de grandes decisiones, confirmamos la fecha de nuestro casamiento, planificamos la fiesta, el viaje de bodas. Compartió alegrías y llantos, noticias buenas y algunas malas. Cuando llegó Sabrina, mi primera hija y la primera nieta, la mesa supo de esa gran alegría, papá la paraba sobre ella y disfrutaba de las gracias que mi niña hacía, actitud que se repitió con cada uno de mis hijos. Al ser más grandecitos, Susana los hacía dibujar, sentados sobre almohadones y al descuidarnos siempre había algunos trepado sobre la mesa, allí se acostaba y seguía dibujando.

Ahora que pasaron tantos años y después de haberla achicado en su tamaño, nuestra mesa, aún útil, espera paciente en el garage de la casa que alguien vuelva a pensar en ella.



MARGARITA GONZÁLEZ LLABRÉS

Retratos

Margarita González Llabrés

Nació en Villa María el 14 de enero de 1942. Reside en esta ciudad donde ha estudiado y actualmente trabaja.

“Destaco que soy hija, bisnieta y tataranieta de españoles. Por la rama paterna de Galicia y por la línea materna de las Islas Baleares. Esta búsqueda de la identidad, buceando en mis raíces, me ha permitido reconocer quién soy yo, quiénes somos nosotros y quiénes han sido ellos” (MGL).

Retratos

Abuelos: diferencias y similitudes

Se conocieron, se saludaron, con el tiempo comenzaron a relacionarse, porque sus hijos, José y Esperanza se comprometieron y luego se casaron; ocurrió en Argentina.

Antonio, bajo, de tez blanca, cabellos grises, hablaba con voz enérgica. Bernardo con tez mate, de textura física fuerte, ojos claros, escuchaba con atención y serenidad antes de hablar.

Estas dos personas tenían vidas absolutamente distintas. Sin embargo, con muchos puntos en común.

El primer aspecto que los unía es que ambos habían salido de España, Antonio por el año 1908, Bernardo alrededor de 1920, y se afincaron en estas tierras, aunque desarrollaron actividades diferentes.

Antonio cultivaba la tierra, se dedicaba a producir verduras y alfalfa. Llegó a explotar su propia quinta que trabajó desde 1914 hasta 1945 aproximadamente. Se empeñaban en extraer aquí, los frutos que en las tierras áridas y bordeadas de mar, en Menorca, no pudo nunca conseguir.

Bernardo trabajaba en un local que tenía en su casa, era dueño de un almacén de Ramos Generales, donde había unas altas estanterías con los más variados objetos y mercaderías, desde un chanchito de barro que era alcancía, los fideos de colores que se guardaban en cajas con ventanitas de vidrio para reconocerlos, hasta las golosinas que nos tentaban, especialmente las gallinitas con almíbar o licor en su interior.

En ese ámbito el abuelo se esforzaba por ganar clientes y satisfacerlos. ¡Cuánto esfuerzo!. Que tarea distinta a la que hacía en su aldea natal de Vilella, en las sierras de Cauri, provincia de Lugo. Allí sólo vivían unas quince familias, en un ambiente duro, donde el hombre se vuelve parco y retraído.

En ambos casos, el empuje, el tesón, la laboriosidad, el entusiasmo los unió para seguir un mismo objetivo: trabajar y educar a los hijos de acuerdo con las posibilidades de la época. Así buscaron progresar con su quinta, su comercio, su casa y encauzaron a sus descendientes para que formasen sus propias familias y forjaran un presente y un futuro. Para eso compartieron –sin ponerse de acuerdo- la obsesión por el trabajo, la disciplina, la puntualidad, el respeto por la palabra, los hábitos de la vida y los ejemplos. Estos fueron más efectivos que lo que pudieran expresar los papeles o discursos.

En noviembre de 1940 las historias de estos dos hombres se entrelazaron. Se casaron José y Esperanza, y si bien cada uno de ellos construyó su propio recorrido personal, nada puede analizarse fuera de ese entramado que los precede.

En la relación que mantuvieron con sus nietos, Antonio y Bernardo, también tuvieron mucho en común. Son abuelos, y por casualidad o por causalidad, ambos tienen una jardinera donde cada uno acomoda cuidadosamente la carga que lleva a sus clientes. Antonio los productos de la quinta, Bernardo las



mercancías del almacén. Ambos acomodan en el asiento, o entre las piernas, o entre los brazos, a un nieto, siempre al más pequeño. Cada uno lo lleva como preciosa carga y no la entrega a nadie. De esa manera se gozaba de su abrazo, de su abrigo, de su protección. No todos podían ir en ese puesto, tratando de hacerse chiquito para no trabar el manejo de las riendas que controlaban los caballos. Los nietos mayores tenían la libertad, o el privilegio, de ir atrás, entre las verduras o los cajones de comestibles, mientras se realizaba el reparto.

A veces los vecinos, al paso de la jardinera así cargada, preguntaban: “¿Adonde va con tantos niños?”. Antonio, ocurrente, solía responder: “Vamos a sembrar caramelos”, Bernardo, en cambio, solía decir: “Vamos a buscar grillos y mariposas”.

Los dos abuelos tenían para con sus nietos una gran ternura, que no pudieron expresar con sus hijos. Los dos tenían las manos endurecidas por el trabajo, pero eran capaces de ofrecer las más suaves caricias y los más intensos abrazos.

En general, estos paseos de los dos abuelos se daban por concluidos con la caída del sol. Se volvía a la quinta o a la casa. Los nietos mayores se podían quedar un rato más en el patio calando sandías o zapallos para hacer faroles. Los más pequeños se refugiaban en la galería para jugar al tejo, a las payanas o a las estatuas hasta que la voz de mamá o de la abuela llamaba a cenar.

Retratos

Relato oral de mi madre, Esperanza Llabrés

Nací en Ciudadella, Menorca, Islas Baleares, en 1910. No tengo referencias en cuanto al domicilio que teníamos allí.

En el billete para familia de emigrantes consta que salimos el 2 de noviembre de 1911, a las dos de la tarde, en el barco León XIII del puerto de Barcelona para Buenos Aires, con una duración probable de 21 días, con escala en Málaga, Cádiz y Montevideo.

El grupo familiar estaba compuesto, en el momento de viajar, por Margarita Torres Camps de 30 años, María Llabrés de 14, Antonio Llabrés de 8, Antonia Llabrés de 4, y por último, Esperanza Llabrés, de veinte meses aproximadamente. Por la edad viajé gratis.

Nos decidimos a viajar porque Antonio Llabrés, esposo de Margarita y padre de los hijos anteriormente nombrados, los reclama para vivir todos juntos en Villa María, provincia de Córdoba.

Mi padre se había adelantado con mi hermano mayor para conseguir trabajo, casa, y esperarnos de la mejor manera posible en estas tierra. El primogénito tenía en ese momento 15 años y se llamaba Guillermo Llabrés.

Antonio Llabrés, nuestro padre, era oriundo de Ciudadella, nació el 29 de octubre de 1874. Fue alistado como soldado en 1890 en Palma de Mallorca. En 1891 permanece en Valencia, vuelve a Baleares al año siguiente y en 1893 se reincorpora al ejército en Valencia. Alterna en distintas misiones hasta 1902. El 12 de diciembre de ese mismo año le extienden un certificado donde consta que ha cumplido con los servicios que le imponía el ejército. Mi padre no quería que sus hijos varones pasaran por la experiencia del servicio militar. Teniendo en cuenta su experiencia de 12 años, trataba de evitar que esto se repitiera con sus hijos, viviendo las mismas épocas de guerra y momentos de paz.

Emigran a la Argentina porque ya se habían adelantado otros paisanos. Llegan a Villa María. Se ubican en La Calera con el señor Pedro Caballer, primer trabajo de mi padre, cuando nosotros llegamos nos instalamos allí.

Según mi madre le costó mucho adaptarse. A pocas horas de arribar se desató una tormenta de lluvia y piedra como nunca había visto. En ese momento ya decía “quiero volver a Ciudadella”.

Luego, mi padre trabaja con don Antonio Antenor en una fábrica de embutidos de cerdo. Más tarde trabaja en la quinta del señor Buchioni y Elvio Pérez. Con el tiempo puede comprarse su propia quinta en un lugar llamado “Las Cuatro Esquinas”. Con posterioridad compra un terreno para una nueva quinta, donde actualmente se unen el Bulevar Italia con el Vélez Sársfield. Compra esta quinta a Bermúdez y



Figuerola en cinco mil pesos. Se dedican al cultivo de frutas, verduras y alfalfa. Había también animales que se utilizaban para nuestra alimentación. Trabajan en un campo aledaño a Obras Sanitarias.

Así trabajan mis padres, los dos juntos, desde 1912 hasta 1946 y luego mantienen la quinta con personal hasta 1955, año en que se vende, previo loteo del campo.

Vine de muy pequeña de las Baleares. Conocí Menorca por lo que me contaron, hasta que visité las islas en 1978 y en el 2000. El primer viaje lo hice con mi hermana Antonia y el segundo con mi nieto Federico. La última vez que viajé tenía 90 años, no me dejaban viajar sino iba con él, que es profesor de educación física.

En la actualidad tengo 93 años, considero que soy española, mantengo la nacionalidad, pero casi todo lo hice aquí. Estudié parte de la primaria en la Escuela Fiscal, donde actualmente funciona la Escuela José Ingenieros, hice hasta tercer grado pero no pude continuar porque quedaba lejos de mi casa y había dificultades en cuanto a las personas que me podían acompañar. Aprendí lo que esa época y el lugar me ofrecía. Primero fui a costura con Ema Falco de Borghi, a bordar fui a las lecciones que daban en la casa Singer, a hacer sombreros fui a Maison Olga con Marina Gaveta. También aprendí a tejer con mi mamá que sabía manejar dos y cuatro agujas. Trabajé en la quinta pero también cosía y hacía sombreros para afuera.

Me casé con José González, español de Galicia (Lugo), en Villa María el 9 de noviembre de 1940. Mi hija mayor, Margarita, nació el 14 de enero de 1942, más tarde Esperanza María el 8 de septiembre de 1945. Mi esposo falleció tempranamente, el 8 de septiembre de 1955, fue una muerte sorpresiva, provocada por un accidente cerebro vascular. Eso me afectó mucho, justo en ese momento vendimos la quinta y nos tuvimos que trasladar a otra casa.

Con la muerte de mi esposo vino una etapa dura, tuve que trabajar más que antes, aún debía criar y educar a mis hijas. Fue la época en que más cosía para afuera, tenía dos cuartos en la parte de atrás de la casa donde alojaba estudiantes en pensión, eso nos ayudó mucho hasta que mis hijas comenzaron a trabajar.

Con mis 93 años he podido vivir muchas experiencias, he podido guardar muchos recuerdos. Cuando cumplí los 90 años escribí una frase que había leído y que refleja lo que siento: “No reniego de lo que he sufrido, pues el sufrir me ha madurado, conforme estoy de lo vivido, por ello valoro lo pasado”. Esto pude expresar así y hacer conocer a mi familia, especialmente a mis nietos y amigos.

Cuando regresé a mi tierra natal sentí curiosidad, entusiasmo, alegría, tristeza, nostalgia, muchas emociones juntas. Recorrí Ciudadella con energía y serenidad. Por sus calles habían transitado mis padres, habían corrido mis hermanos. En el puerto me detuve a almorzar y a contemplar ese mar donde habían aprendido a nadar mis hermanos mayores, donde Guillermo había pasado sus horas libres pescando. En algunas oportunidades lo había hecho escapando de la escuela y sus obligaciones, sin autorización paterna.

Recorrí estas tierras haciendo realidad los deseos de mis padres y esposo, ellos querían regresar al lugar donde habían nacido. Yo particularmente nunca manifestaba ese anhelo, quizás estaba muy escondido dentro mío. Cuando se presentó la oportunidad la aproveché al máximo.

En Baleares no tenemos parientes directos, tampoco sabemos que existan parientes lejanos, pero igual la experiencia fue muy buena, conocí gente amable, linda, acogedora. El dueño del hotel donde nos alojamos en 1978 nos llevó a recorrer toda Menorca en su auto particular, nos invitó con un exquisito té y masas típicas.

En el año 2000 me alcanzaron las fuerzas para volver a caminar las calles de Ciudadella, recorrer sus negocios, gustar de las comidas tradicionales, y a pesar de mi edad, contagiada por el entusiasmo de los más jóvenes, pude explorar y contemplar las fantásticas Cuevas del Moro.

¿Deseos no realizados? No tengo, por los años vividos siento que la mayoría de mis sueños se han cumplido. Me quedan sueños y deseos por ver realizar, sueños y deseos que se relacionan con el país que quiero para los más jóvenes, con paz, trabajo y armonía.

Mis hijas y algunos de mis nietos, como otras tantas personas, tienen la nacionalidad española. Por allí se presentan oportunidades y piensan dejar esta tierra e ir a la de sus mayores. A ellos les diría que en cualquier lugar del mundo hay que buscar el sitio donde sentirse bien, formar una familia y trabajar. El éxito, el dinero o el prestigio, en cualquier lugar del mundo se obtienen con esfuerzo, perseverancia y mucho amor.



DELIA NEUMAN

Pasaporte a la memoria

Delia Neuman

Nació en Córdoba en 1929, en barrio San Vicente, donde vivió su infancia y comienzo de su adolescencia. Es médica pediatra, madre de seis hijos y catorce nietos. Los presentes trabajos forman parte de una saga mayor titulada “Pasaporte a la memoria”.

“En busca de mis orígenes recorro caminos antiguos, desconocidos. Navego por la savia de mi árbol queriendo llegar a sus más profundas raíces. Me siento lejana en el tiempo. Lejana, en el oriente milenario, en la tierra árabe de mis ancestros, en aquella Siria bendita, cuna de mis antepasados” (DN).

Pasaporte a la memoria

Mi hermana negra

Los seis hermanos sabemos cómo fue la historia de nuestros nacimientos. Responsable de ello es la narradora y protagonista de los hechos: Mi madre.

Por sus relatos sabemos también que la historia tiene un prólogo referido a lo que ella padeció previo a su primer embarazo. Mi mamá era una niña de 14 años cuando contrajo matrimonio con mi padre el 27 de febrero de 1927. Faltaban casi tres meses para el 15 de mayo, día en que cumpliría sus 15 años.

Pasaban los meses y la niña no quedaba embarazada. La familia, como buenos árabes, comenzó a inquietarse pues sospechaban que la pobre era estéril. Se creó un clima tan cargado de preocupación, conjeturas y ansiedad, que los mayores decidieron deliberar acerca de la conducta a seguir para resolver tan grave, importante y acuciante problema. Concluyeron aprobando por unanimidad que debía ser el doctor el único responsable de dictaminar el fallo.

Así fue que la suegra, y la madre de mi madre, la llevaron al consultorio del médico de la familia para plantearle el problema y pedirle que diagnosticara si la niña era estéril o no. Por supuesto que la única que podía expresarse, mejor dicho, hacerse entender, era mi Tete María, su madre, con su particular lenguaje mezcla de árabe y español mal pronunciado. Mi Tete Hafiza, como ya sabemos, nunca habló “la castilla”. En medio de las dos se encontraba mi pobre madre, muerta de susto y vergüenza, paralizada y enmudecida.

El sabio facultativo, después de examinarla prolijamente, se compadeció de la niña y como con lástima dijo a mis abuelas “¡vayan con esta criatura, aún no está madura para el embarazo!”.

-¡Pero si ya le baja sangre, Doctor Barrilete! – replicó mi Tete María con tono exigente, volviéndole a decir “Doctor Barrilete” ya que nunca pudo pronunciar con propiedad su verdadero apellido que era Doctor Barilari.

El doctor le explicó que el hecho de menstruar no garantiza el embarazo. A veces, dijo, como en este caso, se necesita estar madura, o sea que los órganos deben estar listos para la fecundación.

-Entonces, doctor, ¿no puede tener hijos? – preguntó asustada mi Tete.



-Por ahora no. Esperen que su matriz madure – respondió el doctor, y continuó – ya verán que los hijos vendrán en abundancia, tantos que no podrá parar de tenerlos.

Así fue que, el 15 de mayo de 1929, el mismo día que mi madre cumplió 17 años, nació su primer hijo, fue mujer, y como ya sabemos, era yo. Delia, me pusieron de nombre.

Dos años después, el 3 de octubre de 1931, nació su segundo hijo. También fue mujer. Se llamó Julia.

Los árabes se desesperaron por un heredero varón. ¡Nunca entendí porqué aman tanto a los varones!, y por qué se decepcionan tanto cuando nacen mujeres.

Mi hermana Julia nació con pelo negro, a diferencia del mío que fue rubio. Cuando las abuelas, que presenciaban todos los partos, la vieron, exclamaron en árabe con tono despectivo: “¡Es otra mujer! ¡Y es una negra!”. Desde entonces le quedó el sobrenombre Negra. Es la única que lleva apodo.

¡Mi querida hermana Negra!. Todos la queremos, familiares y amigos, pero muy especialmente sus innumerables sobrinos y sobrino nietos. Los primeros, en su mayoría, hoy convertidos en madres y padres de familia, son depositarios de su amor, de su entrega y su generosidad. Ella, siempre atenta a las necesidades e inquietudes de sus sobrinos, ha sabido buscar la manera de ayudarlos a crecer mediante su apoyo, su comprensión, su consejo, su tiempo y sus ahorros.

Con mi hermana Negra crecimos juntas. Nos encanta evocar nuestra infancia. Los juegos, las peleas, nuestras fantasías, los dichos y palabras que inventábamos. Eran nuestros códigos. Sólo a nosotras pertenecían, y aún nos pertenecen. Su uso sigue vigente. Hoy nos causan la misma sensación de complicidad que sentíamos cuando niñas, sólo que ahora ya abuelas, nos provocan risas con sabor a nostalgia. ¡Éramos tan pequeñitas!.

Mi hermana Negra y yo compartimos el dormitorio hasta el día que me desprendí de mi hogar paterno para empezar a construir el mío propio, el 11 de enero de 1958.

Toda una vida durmiendo, una al lado de la otra, compartiendo nuestras camas gemelas. ¡Tardábamos tanto tiempo en quedar dormidas!.

Todas las noches, después de acostarnos, mi madre -infaltable- se acercaba a nosotras, se inclinaba hacia nuestra frente donde nos persignaba y nos bendecía. Luego nos despedía con el tradicional “hasta mañana si Dios quiere”, escuchaba nuestra respuesta, apagaba la luz, y recién se iba de nuestro dormitorio. No podíamos dormir sin que ese rito se cumpliera. Pero nunca nos dormíamos inmediatamente, pues al quedar a oscuras, nuestra imaginación y nuestra mente revoloteaban dando lugar a charlas llenas de fantasías. Nuestras historias, contadas según la ilusión de cada una, nuestros inventos, nuestras discusiones, nuestras peleas y nuestras risas se iban apagando a medida que el sueño nos iba venciendo.

Recordar las aventuras de nuestra infancia es, para nosotras, un motivo de alegría. Relatarlas a los nietos es, para ellos, motivo de asombro, risas y diversión. A los niños les cuesta creer que alguna vez fuimos igual a ellos, por eso se asombran, abren grande sus ojos y escuchan.

“Delia, ¿te acordás cuando organizamos la primera función de teatro en la casa de San Vicente?, no tendríamos más de 7 y 9 años –comenta mi hermana Negra–”, y un poco yo y otro poco ella, vamos relatando entre recuerdos y risas aquel suceso, nuestra primera obra de teatro, cuyo talentoso elenco estaba formado por el binomio “Negra-Delia” como únicos artistas. Tuvimos que trabajar mucho, confeccionamos montones de tarjetas de invitación en las que figuraba muy clarito “valor de la entrada: 5 centavos por persona”, los que debían ser abonados en la entrada del teatro, cuya dirección era nuestra casa.

Con una semana de anticipación repartimos tarjetas a todas las chicas y chicos amigos del barrio. El día de la función se llenó de niños el patio recién baldeado, acondicionado con bancos y todas las sillas que teníamos a mano, a fin de brindarle la mayor comodidad al público asistente. Tuvimos la satisfacción de lograr un éxito rotundo, el que resultó ser un potente estímulo para continuar con nuestra actividad “artístico-cultural”.

Así fue que, siempre con el mismo sistema organizativo, proseguimos con una exhibición de patinaje obteniendo igual éxito, a pesar de que contábamos con un solo par de patines nuevitos, regalo de Reyes, para compartir entre las dos. Nos ingeniamos de tal modo que nos lucimos haciendo mil piruetas, cada una con un solo patín calzado en el pie derecho. El pie izquierdo nos resultó muy útil para tomar envión y alcanzar gran velocidad, y también para demostrar con orgullo nuestra habilidad para crear hermosas figuras que daban mayor gracia y brillo al patinaje.



“¿Te acordás como compadreábamos ante el público mientras ofrecíamos nuestro novedoso, audaz y nunca visto “Valet de patinaje en un solo pie”. Siempre al recordarlo terminamos riéndonos a carcajadas.

Continuamos representando dos o tres obras más, sin que jamás el elenco estable de actores sufriera variación alguna, esto bastó para saciar nuestras aspiraciones artísticas y para decidimos a cerrar definitivamente la “Compañía Teatral”.

Lo que no nos saciaban eran las escapadas en plena siesta veraniega, aprovechando que nuestros padres dormían confiados. Íbamos con los chicos amigos a jugar a orillas del Río Primero, hoy el Suquía, o a las vías del tren sobre las barracas de San Vicente, o a vender mercadería que sacábamos de la tienda de nuestro padre: aros, collares, pulseras, botones, hebillas, etc., que cargábamos en sendas cajas de cartón. Salíamos sigilosamente de casa, recorríamos las calles del barrio tocando los llamadores y los timbres de las puertas de las pobres vecinas, a las que despertábamos de sus siestas para ofrecerles nuestras “preciosas prendas”. ¡Nunca pudimos concretar ni una sola venta!

Nos cocinábamos bajo el sol ardiente. Volvíamos de las escapadas sofocadas, apuradas, dispuestas a dar, según lo acordado camino a casa, una explicación que sonara razonable a fin de mitigar el reto que con seguridad recibiríamos de nuestro padre, si por desgracia ya se hubiese levantado de su siesta.

La mesa de mi cocina

Mi cocina, sin su mesa, no sería mi cocina.

¿Dónde desayunaríamos?,

¿Dónde nos sentaríamos a tomar mate?

¿Dónde envolvería los niños en hojas de parra?,

¿Dónde pondría la tabla

para cortar los bifés o picar la verdura?

¿Dónde me sentaría a repulgar las empanadas?

¿Dónde dibujarían mis nietos?

¿Dónde extendería la colcha de planchar?

¿Dónde ajustaría la mariposa de la máquina de moler?

¿Dónde depositaría las fuentes decoradas y listas, esperando ser llevadas al “comedor de lujo” para servir a los “comensales importantes”?

¿Dónde hubiesen hecho sus tareas escolares mis hijos?

¿Dónde hubiesen comido los seis, cuando los más pequeños debían sentarse en las sillitas altas?

¿Dónde hubiesen derramado la leche?

¿Dónde me hubiesen contado los adolescentes sus problemas de corazón?

¿Dónde nos hubiésemos sentado a programar los casamientos?

¿Dónde me sentaría en este momento para escribir lo que estoy escribiendo?

¿Dónde tomarían la leche mis nietos cuando vienen de visita?

¿Dónde colocaría la frutera?

¿Dónde hubiésemos dejado los papelitos con mensajes de unos para otros cuando éramos diez?

¿Dónde dejaría hoy mi mensaje para mi esposo, y donde él el suyo para mí?

¿Dónde nos hubiésemos sentado todos juntos a ver los planos de la casa?

¿Dónde hubiese firmado las libretas de los colegios?

¿Dónde nos hubiésemos sentado en las noches de invierno



a esperar a Gabriel que regresara de “la nocturna”
para cenar todos juntos una comida caliente?
¿Dónde hubiésemos comido con nuestros pequeños
los asados de los domingos lluviosos?
¿Dónde se hubiese volcado la sopa?
¿Dónde se derramaría el vino?
¿Dónde hubiese cosido, zurcido y remendado la ropa de mis niños?
¿Dónde jugaríamos a los naipes?
¿Dónde apoyaría mis codos para hundir la cabeza entre las manos
y permanecer así, inmóvil, sin tiempo,
sola en las noches, para pensar, meditar,
buscar y encontrar la solución
a los pequeños o grandes problemas de cada uno
o los de todos, que hemos tenido
en estos cuarenta y seis años de familia?
¿Dónde...dónde... dónde?, sino en la mesa de mi cocina.
Ella fue mi cómplice y mi testigo.



ADELAIDA SUSANA OYARZÁBAL SAVID

El entierro

Adelaida Susana Oyarzábal Savid

Nació en Córdoba, donde vive actualmente. La herencia del amor a la tierra, heredad de sus antepasados vascos-españoles, está presente en sus anécdotas que se desarrollan en las sierras de Córdoba. Paisaje y naturaleza son protagonistas insoslayables en sus relatos.

El entierro

Teté avisó a las siete. Nos levantamos y preparamos todo para asistir al entierro. El coche se desplazaba triste por la carretera lluviosa.

Lluviosa como ese día que los cinco hermanos patinamos toda la siesta bajo la lluvia. Seguro que cuando mamá se despertara nos pondría en penitencia. Rosita quiso borrar la travesura secándole la ropa a Guillermo, y le asentó la plancha caliente en el muslo sobre el pantalón mojado.

Era joven todavía, no era tiempo de morir. Vivió amando la tierra, sacándole sus frutos y atado a los recuerdos del pasado.

Sí, fue en las sierras, en Salsipuedes, ensillaban los caballos para una cabalgata. Teté se paró frente al Tarzán y cuando lo cincharon, mordiéndola la levantó por la panza, todavía tiene la cicatriz de la dentadura del Tarzán. Yo era la menor y todos me mimaban, me hacían regalos y les encantaba sacarme a pasear. Era como un juguete para ellos.

Si le habré pedido juguetes al Niño Dios los 24 de diciembre, nunca me traía lo que yo pedía. Me quedaba despierta esa noche todo lo que podía para ver al niño, hasta que cansada me quedaba dormida. Nunca pude verlo, pero cuando me despertaba a la mañana siguiente encontraba regalos para mí, aunque nunca lo que había pedido.

Estos momentos son íntimos, de recogimiento, de reflexión y de encuentros. En los entierros te encontrarás con gente a la que nunca ves, y prometés visitarlos pero en el fondo sabés que no los verás hasta el próximo entierro.

Llegó Guillermo, siempre comía de pie, junto al aparador, en penitencia. Lo hacía enojar a papá. Era el más travieso, creo que el preferido de mamá. Corría carreras de caballos contra la voluntad de papá, contestaba, no comía lo que le daban y se empacaba si encontraba un trozo de cebolla en la comida.

Bueno, él ahora estará tranquilo, se encontrará con papá y mamá. Habló Rosita de Estados Unidos. Ella está lejos. Que horrible es estar lejos cuando pasan estas cosas. A mí me gusta estar con todos, vernos, llorar juntos, abrazarnos, aunque nos duela la ausencia, pero juntos, viéndonos... hablando... recordando....

Quisiera que estuviéramos todos juntos aquí.



Juntos como cuando veraneábamos en las sierras. ¡Esos sí que eran veranos!. Papá comenzaba a preparar los víveres para tres meses. Y los ponía en grandes cajones de madera: harina, porotos, polenta, azúcar y todo lo que precisábamos. Allí se conseguía caro y en ese tiempo no había supermercados, por eso sería que se compraba con tanta anticipación. Mucha azúcar.

Cuando don José llegaba con la fruta en ollas y baldes nos llamaban a todos para pelarlas, para hacer dulces y mermeladas, y allí mamá nos contaba cuentos. Me acuerdo de uno que contaba de una señora que se enfermó, y la amiga que iba a cuidarla, a hacer la comida, regar las plantas, planchar, le hizo un gran favor... terminó robándole el marido. Al finalizar el cuento mamá nos dijo: “entre Santa y Santo pared de calicanto” y “el hombre es fuego y la mujer estopa, viene el diablo y sopla”. Así nos enseñaba, con cuentos.

Papá guardaba duraznos en almíbar en el ropero para comérselos solo, un día se le llenaron de hormigas y no contó nada.

Llegamos al cementerio, el sacerdote le da la bendición.

Todas las noches le pedíamos la bendición a papá y nos dormíamos tranquilos.

Sí, aquí están todos los que ya se fueron. Ahora comparten estos senderos soleados y llenos de flores.

Me pidieron que leyera una oración, pero sólo pude rezar tres avemarías entrecortadamente...

Ya bajan el cajón, despacio, le echan tierra y flores y lo tapan con una alfombra verde, como si fuera pasto.

Se fue mi hermano mayor...

La botica de mamá

Éramos una familia de costumbre sencillas. Papá, mamá y cinco hijos criados en contacto con la naturaleza, especialmente en los tres meses de verano, en un paraje de las sierras cordobesas llamado Salsipuedes. Veranos de largas siestas calurosas, encerrados porque “la iguana nos mordería los talones y no nos soltaría hasta que lloviera”. Hacía desarrollar nuestra imaginación. Una rendija rota en la ventana de madera dejaba pasar la luz, y los personajes de nuestros cuentos se reflejaban en la gruesa pared: el gallo, la gallina, los pollitos, algún perro somnoliento, un gato haciendo piruetas, un caballo suelto.

Calmábamos el calor acostados en el fresco piso de baldosas rojas. Cuando amanecía lloviendo, comíamos fritos y tortilla de grasa hechos en la cocina a leña, y al día siguiente juntábamos hongos debajo de los cocos, entre la paja brava. Papá los ponía a secar al sol sobre un viejo elástico de cama. Después los comeríamos en la salsa de tallarines caseros hechos por doña Guillerma.

Mamá nos decía que esa vida al aire libre nos haría crecer fuertes, creando defensas contra las enfermedades, pero a veces ganaban la batalla, y entonces aparecía mamá con su botica.

“Ya de mojaste con la lluvia y tenés fiebre, te pondré algírol”.

El líquido negro como petróleo pasaba por mi nariz, en ese momento sentía que me moría, pero al día siguiente estaba sana.

“Tenés mucha tos, te pondré una compresa de cebada caliente y te meterás en la cama. Pronto respirarás tranquila”.

¿Que te duele la panza?, ¡ya comiste el dulce caliente!, te prepararé un té de palo amarillo con azúcar quemada”.

Y si algo nos caía mal, dos cucharadas de magnesia San Peregrino del frasco azul que enseguida nos curaba.

“Vení, te bajaré la fiebre con paños fríos en tu frente caliente”.

“¡Un balde con tunas frescas y sin tirar las semillas!. Sólo una enema de agua tibia con jabón de lavar podrá destaparte las cañerías”.

“¡Lindo porrazo con el columpio! Te pondré un bife de carne cruda en ese ojo morado”.

“Tráeme un hilo que te ato ese diente de leche flojo. Cuando te lo saque, lo pones debajo de la almohada y los ratones te traerán regalos”.



Nos gustaba masticar el dulzor de los panales, pero las abejas se vengaban en la cara de mis hermanos. El barro los deshinchaba.

Mientras pelábamos la fruta para rellenar los frascos vacíos con mermelada y esa jalea gomosa de membrillos, mamá nos contaba historias transmitiéndonos consejos y valores.

Calmábamos la sed con el agua fresca de las vertientes que guardábamos en el cántaro de barro. Comíamos los frutos silvestres, piquillines de colores, talas anaranjados, algarrobos, chañares, uvas del campo. También las mojarra que mis hermanos pescaban en el río, fritas y con huevos revueltos. Tomábamos la leche tibia recién ordeñada, los quesillos que se estiraban colgados de las cañas bajo la higuera frondosa, luego saboreábamos la ricota salada que quedaba en la olla.

Largas cabalgatas entre las montañas nos hacían gozar las delicias del paisaje serrano.

En los momentos difíciles acudo a los recuerdos de mi infancia, me devuelven la paz, como cuando le pedíamos la bendición a papá. Ese “Dios te bendiga” serenaba nuestros sueños de niños mientras él apagaba las velas y el sol de noche.



STELLA MARIS YOBE

La máquina de coser

Stella Maris Yobe

Nació en Santa Fe de la Vera Cruz. Partió hacia la provincia de Córdoba después de casarse y se instaló a orillas del lago San Roque, donde tiene su hogar junto a su marido y sus dos hijas. Fue profesora de Ciencias Biológicas. Comenzó esta aventura literaria indagando en el pasado de sus padres y en las historias que rodearon el encuentro entre ellos.

“Largos caminos recorrieron mis raíces, llegando hasta aquí por dos líneas distintas pero entrelazadas en el tiempo. Una en caravanas errantes, revoloteando entre las dunas y saltando entre las norias del Oronte, escapando a las crueldades de la guerra, cuando mi padre vino de Siria. La otra línea maduró tardes bajo la sombra de los olivares, al compás de las castañuelas, y me encontró al transmitirse de generación en generación a través de mi madre catamarqueña, descendiente de españoles. Soy fruto orgulloso de esta fusión de culturas que quiero transmitir en mis relatos y describir reviviendo anécdotas de antaño. Actualmente estoy escribiendo un libro sobre la inmigración árabe” (SMY).

La máquina de coser

Iris sacó un brazo fuera de las frazadas y, moviéndose con mucho cuidado para no despertar a su esposo, dio la que sería –pensó– la duodécima vuelta de esa noche. Ya llevaba varias así: a las 6:30, cuando el despertador sonaba en la habitación de su hija, deslizaba los pies en sus pantuflas y daba por terminada otra noche de insomnio.

Todo había comenzado hacía casi un mes cuando el cartero entregó, junto con la correspondencia, aquel aviso del estudio del abogado. La nota era perentoria. Había una cuenta impaga en el banco desde hacía dos años y tenían un plazo de treinta días para cancelarla. El monto era elevado para el estado de sus actuales finanzas. En tres días debían pagar.

En todo ese tiempo Iris había agotado sus recursos para solucionar el problema. Ella estaba segura que no existía tal deuda, ya que con su esposo eran muy cuidadosos, pagaban siempre antes de los vencimientos y guardaban todas las boletas y recibos. Pero a pesar de tantas gestiones y de presentar comprobantes, no pudo hacer nada.

El problema surgía, le explicaron los abogados, por una tarjeta de crédito a la cual habían dado de baja hacía dos años. En su momento, el empleado bancario había roto los plásticos delante de ellos y les había asegurado que estaba todo listo, que la tarjeta estaba cancelada. En lo que no repararon fue en solicitarle el comprobante de cancelación y, al parecer, el deshonesto empleado estuvo usando la tarjeta para compras telefónicas, tras cambiar el domicilio a donde llegarían los resúmenes. Nunca se enteraron de nada hasta la citación judicial. Ahora su casa corría peligro si no conseguían el dinero adeudado y sus intereses.

Por la mañana, Iris recordó que esa noche había tenido sueños muy raros. Había visto claramente el frente de su casa con un cartel de remate, pero al instante era la casa de su mamá, allá en Santa Fe. Soñó que entraba y la veía cosiendo en la vieja máquina Singer. El rítmico ruido del pedaleo parecía persistir en sus oídos. En el fondo la voz de su madre la instaba a ordenar su habitación. ¡Qué mezcla! No entendía nada.



Se aseó y tomó el desayuno, y al entrar nuevamente al dormitorio comprobó que los libros y papeles se habían ido acumulando con el pasar de los días sobre la cómoda. Decidió ordenar un poco, de pronto apareció ante su vista: era una cajita de cartón en la que para Navidad le habían llegado las tarjetas de los pintores sin manos que había solicitado; la tapa, labrada en azul se encontraba aplastada por el peso de los libros.

La abrió convencida de que allí encontraría las fotos familiares antiguas que había estado buscando para el trabajo sobre memoria familiar. Como le pasaba ya hacía un tiempo, su memoria le había jugado una mala pasada, las fotos no estaban.

Con la uña fue levantando los papeles y cosas que se encontraban allí. Un papel doblado en cuatro atrajo su atención, el color era amarronado, y en las marcas del doblado aparecían unas manchas marrones más oscuras, lo abrió y lo primero que vio sobre su margen superior izquierdo fue una S de borde doble de color rojo con unas palabras inglesas escritas en negro en su interior. Era una S muy particular, creería que gótica y recordaba haberla visto muchas veces tallada en madera y forjada en hierro. En el centro una estampilla de aduana se mantenía intacta.

Miró detenidamente el papel y leyó “SINGER SEWING MACHINE COMPANY”. Era un recibo fechado en la Ciudad de Salta el 24 de enero de 1933 a nombre de la Srta. Francisca Robles por la compra de una máquina de coser “Singer” estilo 15-30MA, por valor de trescientos pesos moneda nacional. En el último renglón había una firma.

Ella no recordaba haber oído nunca ese nombre. Giró el papel y allí, escrito a mano decía: “Este recibo ha sido abonado por la Sra. Ramona Allende de Yódice. Salta 24 de enero de 1933”, con la misma firma que en el anverso y un sello ovalado en tinta azul.

Ese nombre puso en alerta todos sus sentidos, era el nombre de su madre que había muerto hacía ya más de un año, justo el día que cumplía 92. En ese momento recordó cómo había llegado ese papel a sus manos.

Cuando con sus hermanas reunieron fuerzas para recorrer la vacía casa paterna y comprobar qué cosas había en los cajones y muebles que las habían visto crecer, una de ellas le dijo: “Tomá, esto llevalo vos, ya que tenés la máquina, es el recibo” y le tendió el papel que guardó cuidadosamente. Iris no se acordaba cómo había ido a parar en aquella caja. Pero lo que sí recordó en esos momentos, fueron todas las anécdotas que su madre le había contado sobre los comienzos de su matrimonio y lo que la máquina significó para ella.

La compra de esa máquina había sido un lujo que su madre se había permitido después de haber luchado durante seis años con la vieja máquina de coser a lanzadera, que también era marca Singer, y que se la habían recibido como parte de pago de la nueva. Tenía tantos adminículos que con ella se podían hacer ojales, vainillas, festones y dobladillos. Se podía bordar y coser en zigzag, siempre que uno supiera qué aparato agregar en el pie de la máquina. Como el pago de la diferencia entre las dos máquinas había sido al contado, le ofrecieron asistir a un curso gratuito para aprender a manejarla.

Ramona había nacido en 1909 y el recibo tenía fecha de 1933, o sea que al momento de la compra ella tenía veinticuatro años. Tan sólo veinticuatro años pensó -sosteniendo todavía el viejo recibo en la mano – la misma edad de su hija mayor, que aún vivía con ellos y a la que muchas veces esperaba con la comida servida cuando venía del trabajo. Volvió a sacar la cuenta por si se había equivocado. No, era así nomás. Es que no podía creer que su madre a los 24 años hubiera vivido tantas cosas y pasado por tantas situaciones nuevas, saliendo airosa de todas ellas.

Se había casado muy joven con un hombre mayor, dieciséis o diecisiete ella y él alrededor de treinta, o tal vez algunos más; todo un abismo. Tuvo que dejar en su ciudad natal sola a Rosalía, su madre (era única hija y su padre había fallecido al poco tiempo de nacer ella) para trasladarse a otra ciudad, es más, a otra provincia, Salta. Él tenía un gran almacén de ramos generales en el que vendían artículos de tienda, bazar, comestibles, forrajes y productos para el campo. El lugar se llamaba San Antonio de los Cobres, y cuando Ramona lo nombraba a Iris le parecía que estaba en el confín del mundo.

Guardó el recibo, se dirigió al living y comenzó a hurgar entre viejos casetes que hacía mucho tiempo no escuchaba, hasta que por fin encontró lo que buscaba. La etiqueta decía “narraciones de mamá en San Antonio de los Cobres”, lo tenía muy escondido, porque sabía que era una etapa de su vida que su madre no contaba muy a menudo, es más, casi la guardaba como un celoso secreto, a tal punto que ella sospechaba que algunos de sus hermanos no sabían de su existencia.



Colocó el casete en el grabador, se recostó en el sillón y al apretar el play, la voz se deslizó ondulante e inundó su ser, con esa vocecita suave y dulce, que obligaba a inclinar la cabeza para oírla mejor, pero que los hacía temblar cuando eran chicos y estaba enojada.

...“en la pieza trasera del negocio había una máquina de coser a pedal, de esas de lanzadera. Yo por supuesto no sabía cómo se usaba ni mucho menos coser, la máquina estaba allí desde la época en que una mujer hacía los pantalones y las camisas de trabajo para vender en la tienda, pero después se enfermó, se fue a la ciudad y ya nadie más la usaba. Desde entonces, la ropa de trabajo se compraba en las grandes tiendas de Bs. As., como por ejemplo “ombú”, y la ganancia que dejaba era mucho menor.

Un día, hablando con la señora boliviana que tenía para hacer las tareas de la casa, me dijo cómo se enhebraba la máquina y a grandes rasgos cómo se hacía para coser. Recuerdo el trabajo que me dio pedalear parejo y que no se volviera para atrás, -explicaba mi madre, la recordaba haciendo movimientos con los pies como si estuviera impulsando la vieja máquina Singer-, porque entonces se cortaba el hilo, había que empezar todo de nuevo y la costura quedaba feísima. Me pasé practicando dos días seguidos -seguía contando la vocecita en el grabador-. Elías, -así se llamaba su marido- se había ido a Salta a comprar mercaderías, de manera que no se enteró de nada. El próximo viaje sería más largo, tendría más tiempo para practicar pensé, y le dije a Lidia, la boliviana que no contara nada, que era una sorpresa.

La próxima vez que me quedé sola, ya tenía un plan, descosí un pantalón de trabajo de él para usarlo como molde y saqué de la tienda un trozo de tela de una pieza que había para la venta. Y aunque vos no lo creas hice mi primer pantalón, así que me animé y corté algunos más de otros colores, los que alcancé a terminar antes de que él llegara. Lidia me ayudaba a prolijar las costuras y a poner los moldes. Era lo que hacía con la otra costurera.

Iris escuchó su propia voz en la grabadora preguntando:

- ¿Que pasó cuando él llegó?.

Cuando llegó le presenté los pantalones envueltos en papel marrón y le dije que había aparecido una nueva costurera y que los había traído de muestra para ver si los queríamos. Los miró y me dijo “¿Y a vos que te parece?”. “Que están muy bien”, dije yo, y además nos salen muy baratos. Le dije un precio, porque yo ya había sacado la cuenta del valor de la tela y le agregué unos pesos. No lo podía creer, hasta que al final le dije que los había hecho yo y que todavía salían más baratos porque la tela a nosotros nos costaba menos. Así fue que comencé a coser para el negocio, y después me animé con las camisas. Los ojales daban mucho trabajo y al principio no me salían tan prolijos. Cuando el relato terminó, los ojos de Iris estaban brillosos por las lágrimas; apagó el aparato y se quedó sumida en sus pensamientos.

El rítmico pedaleo de su madre en la máquina volvió a sonar en su cabeza. ¿Qué me está pasando? se preguntó. ¿Por qué la tengo tan presente ahora?.

Recordaba tanto las veces que su madre contaba sobre su infancia, allá en el pueblito norteño, cuando la vestían con los vestiditos con vuelos, lavados y almidonados una y otra vez, y la peinaban con el cabello bien tirante, y le ponían dos grandes moños que su tía Ferminia -hermana de su madre- le había comprado con algunas moneditas, que seguramente habían quedado del último poncho de vicuña vendido y que, a no dudar, le habría llevado mucho tiempo tejer.

Cuando terminaban de emperifollarla, le daban la merienda, mate cocido con leche, o mate cocido solo si no había para comprar leche, y la hacían sentar en una sillita de paja, al lado de su tía, quien hacía volar sus largos dedos sobre la labor. En una mano se envolvía el vellón de lana, de vicuña, de llama o de oveja, y con la otra mano sostenía el huso que con una magia sin igual hacía girar con golpecitos firmes. Mientras el huso giraba, uno veía cómo el vellón se iba transformando en una hebra más gruesa o más fina, según su deseo, y se iba enrollando en el eje del viejo huso de madera liso y brillante por el roce durante tantos años de trabajo.

Ella, sentada en su sillita aprendía a tejer medias con cuatro agujas. Unas agujas muy especiales que su tía le hacía con las espinas de una planta de cactus que crecía en el rastrojo detrás de la casa, a las que les quemaba y limaba las puntas. El rastrojo eran unas hectáreas de tierra donde su madre y su tía, también viuda pero sin hijos, plantaban maíz para “el locrito” -como solían decir- que era su comida habitual, a la que se le agregaba en ocasiones especiales una carnicita de puchero, y en otras más especiales todavía se lo acompañaba con unas empanaditas criollas dulcecitas.

En el rastrojo se plantaban también verduras y había una higuera y dos o tres nogales que se cargaban de frutos. Cuando estaban listos, los mayores golpeaban las ramas con una vara y ella ayudaba a juntar las nueces -que se guardaban en lugar seco para comer durante el año o vender si se daba la oportunidad- y los higos que se comían de postre o se transformaban en riquísimos dulces los que, guardados en frascos, iban a ser el deleite de todo el año, logrando así alimento y disfrute a bajo precio.



La familia de Ramona era realmente humilde, pero a pesar de ello su madre y su tía la mandaban a la escuela impecable, y así debía continuar siempre, pues ni siquiera la dejaban ir a jugar con los otros niños a la vereda ni a los patios de tierra, “para que no te ensucies ni aprendas malas costumbres” le decían.

Parecía que en sus más íntimos pensamientos la estaban criando para que se diferenciara del resto de sus vecinos, con el objeto tal vez de que su destino fuera también distinto del de todos ellos tan pobre y tan triste.

Y así fue, formó una gran familia con muchos hijos y a todos les dio, además de una infancia sin necesidades, estudios universitarios.

De pronto ya no supo si soñaba o recordaba, lo cierto es que la voz de su madre decía:

Resulta que con el tiempo yo ya me había puesto ducha con la máquina y las costuras y me animaba también a hacer vestidos sencillos. Al principio les hice algunos a la Lidia, luego a sus hijas, después a alguna vecina, hasta que un día llega una señora muy rica de San Antonio de los Cobres, era la esposa del Jefe de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, se la veía muy preocupada, pues su modista se había enfermado y tenía una reunión muy importante. Imaginate -decía mamá-, quería que yo le hiciera el vestido. Traía una revista de modelos y una tela azul, todavía me parece verla, era una tela cara. Le dije que sí. En aquella época no me achicaba ante nada. Lo cierto es que a la noche, cuando me puse a hacer el molde, me fijé bien y el vestido tenía una capita que salía del cuello y caía sobre los hombros formando vuelitos. Casi me desmayo. ¿Cómo se hará esto? pensé y me puse a probar distintas formas con los papeles marrones de envolver. Después de muchísimas pruebas lo logré. Lo cierto es que así aquel vestido y la señora quedó tan contenta, que no sólo se hizo clienta, sino que me recomendó con sus amigas. Cuando las ventas caían la máquina nos salvó muchas veces, la máquina nos salvó muchas veces... la máquina nos salvó...

El timbre del teléfono sonó y de golpe la mente de Iris volvió al presente. ¿Se habría quedado dormida? ¿Por qué su madre repetía tantas veces que la máquina los salvó? ¿Le estaría diciendo algo quizás?.

Guardando el grabador en el mueble, se levantó y fue a la pieza del fondo, donde la vieja máquina de coser estaba semi abandonada. La miró, la acarició como si acariciara a su madre, y de pronto tuvo unas ganas tremendas de revisar sus cajones, esos que había abierto muchas veces cuando arreglaba algún ruedo o cambiaba algún cierre. Todo estaba allí, retacitos de tela del pintorcito de sus hijas, -ahora ya tenían veintitrés y veinticuatro años-, trozos de trencilla, nada del otro mundo.

Abrió el último cajón de la izquierda, el de más abajo y se acordó, al verla, que allí estaba la caja con un montón de adminículos para hacer zig-zag, bastillas, ojales, en fin... creo que se podía hacer todo lo que hoy se hace con una máquina moderna. Iris no sabía usarlos y nunca los había sacado ni se había preocupado por pedir que le enseñaran. Tomar conciencia de esto la sorprendió.

Ella creía haber heredado el empuje de su padre y el tesón y la firmeza de su madre, y se encontraba ahora con un muro frente suyo ante la dificultad planteada con el banco. Tenía allí, ante sus ojos el ejemplo a seguir, se lo había dejado “Ella”, no solo con sus actos durante su larga vida, sino con sus palabras en un grabador, por si la memoria le fallara algún día, como parecía que le estaba sucediendo ahora. Amorosamente cubrió la máquina con su funda.

Pasándose la mano por la cara se dirigió al comedor. Como siempre, la presencia de su mamá se hacía sentir en ella, dándole las fuerzas necesarias para continuar.

¡Adelante! – se dijo, e inundada de una reconfortante sensación de paz, se prometió no dejarse abatir, no abandonar su lucha por demostrar que tal deuda no existía, y sobre todo, se prometió escuchar en días sucesivos el resto de las narraciones de su madre.

Epílogo: Ocho meses después de ardua lucha, recibió la comunicación del banco donde se le comunicaba que la situación había sido blanqueada, no existiendo deuda alguna.



MARTA SUSANA VÁZQUEZ

Identidad

Marta Susana Vázquez

Nació en Córdoba, el 12 de noviembre de 1949. En sus orígenes se mezcla la sangre criolla con la española. Eligió ser médica por vocación y farmacéutica por curiosidad. Es esposa de Densio Bollati. Madre de Germán, Pablo y Soledad. Abuela de Ivo y Agustina. Quiere aceptar el desafío de celebrar la vida a través de la palabra escrita.

Identidad

En la Granada de 1889 refulgía la influencia mora. La joya arquitectónica de La Alhambra seguía siendo una perla engarzada en las elevaciones de la Andalucía de antaño.

En ese maravilloso ambiente, Modesta y Antonio Robles discuten una vez más: ¿Dejar el terruño o seguir allí luchando contra la adversidad?.

El espíritu pionero de ella y la sed de aventuras de él toman la iniciativa.

Se irán hacia América, esa tierra de seductora riqueza que empalaga sus oídos con sólo mencionarla.

En la decisión hay un riesgo adicional: María, la primera de una prole que será generosa, tiene pocos meses.

La pequeña es preciosa, con ojos verdes como los mares por descubrir y una piel blanca y sedosa que descarta cualquier impronta morisca en su sangre.

Alejados del continente, en La Orotava, hermoso valle de la Isla de Tenerife, se tejen historias parecidas.

Justa y Domingo López están abatidos. La labranza en esa tierra, por momentos generosa, se ha vuelto difícil. El clima no ayuda ese año. El cultivo de las uvas y el tabaco no ha dado buenos resultados y quien sufre las consecuencias es el labriego, no el dueño de la tierra.

Los dos hijos, Matías y Victoriano, niños acostumbrados a una vida de limitadas posibilidades, ayudan en las tareas agrícolas. Son delgados y altos para su edad. El sol, en su regreso del desierto africano, les deja en la piel la impronta de una herencia sarracena que acompaña al perfil y la estampa. Los ojos de Victoriano tienen un brillo profundo que resalta el poco común pardo verdoso que engalana su mirada.

La pareja de isleños quiere ofrecer a sus hijos algo más, y por ello deciden embarcar hacia la tierra de la que varios vecinos comentan pero que ninguno conoce. América será su nuevo hogar.

El destino inicia la trama de futuras historias. Los primeros lazos están tendidos. La vida se desliza suavemente hacia una nave, un viaje, encuentros y desencuentros.

Ambas parejas embarcan con sus hijos y escasas pertenencias, lo imprescindible. Conviven con otros muchos inmigrantes, algunos ricos, otros menos; anudados todos en esa búsqueda poco clara de horizontes imaginados en sueños de abundancia y ventura.

María, tan niña aún, no comprende la importancia de este evento. Victoriano, todavía chiquilín, sólo aprecia las travesuras que genera con su hermanito, para hacer más llevadera la prolongada travesía.



Las dos familias, envueltas en un remolino de experiencias novedosas, caras desconocidas, diferentes dialectos y mucho de temor, no hacen contacto entre ellas.

Sin embargo, Victoriano y María serán, cuando la marea del tiempo se aquiete, nada menos que mis abuelos maternos.

La foto

Transcurre el año 1906. La familia Robles ya vive en la zona de Ferreyra. El padre, don Antonio, decidió instalarse en la ciudad. La vida en Quilino era difícil, áspera y dura para todos.

Con mucho sacrificio ha logrado levantar un almacén de ramos generales. Los seis hijos ayudan de acuerdo a la edad. Las cuatro niñas, ya mujeres, son espléndidas.

Ha llegado el momento de retratarse. Es una costumbre de la época. Se pondrán las mejores galas. Ropa oscura pero con detalles elegantes. María es, sin dudas, la más agraciada. Su cutis, de porcelana pura, resplandece al recibir los tibios rayos de sol otoñal. Su porte es elegante, su talle de bailarina destaca con la gruesa cinta de raso negro.

Con dedicación cubren sus mejillas con polvo de arroz. Está muy lejana la moda del bronceado.

Modesta, la madre, las reprende con rigurosa persistencia. No es fácil criar a tantos hijos, incluso con la ayuda de María, la mayor de las jóvenes. Luego de idas y venidas dicen estar preparadas para el evento. Hay una encantadora emoción en sus rostros juveniles. No es frecuente el viaje al centro. Y tiene sabor a fiesta. Lo disfruta cada cual a su modo, con gran inocencia, entre risas y alborozo. Finalmente están en la dirección buscada: Rivadavia 82. Allí los recibe el propio dueño, don Antonio Casas.

Luego de cansadores minutos de prueba, de poses y de gestos, se logra la foto. Aparecen las cuatro hermanas Robles: María, Antonia, Modesta y Francisca. Del futuro de María dependerá mi existencia.

La Piedra Fundamental

Al llegar 1910, María Robles y Victoriano López decidieron casarse, juntando esfuerzos y voluntad. No pasó mucho tiempo y ya estaban contribuyendo generosamente a poblar su nueva patria.

Su prole: María Elena nace en 1911, Margarita al año siguiente, luego llega el ansiado varón, lo llaman Víctor. Más tarde, en 1915 hace su aparición Teresa, mi queridísima tía Lila. Por último, en 1918, nace Antonia, mi madre.

La estructura familiar es absolutamente matriarcal. Mi abuelo, Victoriano, más corazón que carácter, tiene un almacén. No le es fácil decir no a quienes le compran al fiado. Siempre dispuesto a dar la yapa, no es capaz de negar una ayuda al más necesitado. Estas características no suelen ir de la mano con la prosperidad.

María, mi abuela, se dedica de lleno a la difícil tarea dirigir el hogar. Su físico, menudo y delicado, contrasta con su fortaleza y tesón. Ella es quien toma las decisiones, es ella quien apuntala la estructura familiar. A pesar de las dificultades logran criar a sus cinco hijos en un ambiente de principios firmes y moral intachables.

Las cuatro hijas estudian y se reciben de maestras, profesión que ejercerán con denodado esfuerzo y verdadera vocación.

El varón, mimado por todos, sólo atina a disfrutar de la vida y sus bondades. Es al igual que su padre un soñador incorregible. Su corazón de oro puro equilibra las debilidades de su carácter.

Así, entre alegrías y sinsabores, mis abuelos, inmigrantes españoles, hicieron suya esta tierra, sólo generosa para aquellos dispuestos al trabajo y el esfuerzo cotidiano.



Mazamorra

Llueve. El frío me obliga a buscar abrigo entre los almohadones. Interrogo al pasado en las fotos de un álbum. Cada momento atrapado en la imagen abre rendijas que con timidez van iluminando los recuerdos. Allí está mi abuela, pequeña, menuda, siempre de riguroso luto. Cabellos blancos, rodete impecable, ojos tan celestes como los mares que atravesó para llegar hasta aquí, tan verdes como la esperanza de volver a su Granada natal sólo palpable en relatos transmitidos por sus padres.

Ella cocina. Su ligero paso invade los rincones de la habitación buscando los ingredientes para los manjares de mañana.

Porque mañana será un día de fiesta. La Patria elegida como propia cumple años, otro 9 de Julio es ocasión propicia para el loco. También habrá empanadas. Pero para mí lo mejor está al final, un verdadero postre. ¡Tendremos mazamorra!

En aquel entonces no sabía qué era. Únicamente me dedicaba a disfrutarlo desde el inicio de su preparación, saboreando por anticipado el delicioso gusto de aquellas tiernas cuentas blanquecinas atrapadas en un zumo espeso de leche y miel.

Para mi abuelo sería otro el resultado. Su placer era comerla como una sopa, salada y apetitosa, sumergida en un humeante caldo casero; siendo esta versión conocida con el nombre de Frangollo en algunas regiones de Argentina.

Desde la noche anterior debían remojarse los granos, para que al día siguiente, muy temprano, aparecieran gordos, hinchados, deseosos de escapar de su encierro.

Luego, al fuego, lento, sin prisa, removido a cada rato, en cariñosas vueltas de imaginarias naves, que trepaban las montañas de granizo irreductible, que poco a poco entregaban su espeso corazón a cambio de volverse blando y succulento.

Así llegaba el gran momento de la probadita. Ante mis ojos, el alimento de los Incas se aparecía como el mejor de los manjares.

En cada grano de maíz encontraba la cariñosa entrega de mi abuela. Cierro el álbum. Me dirijo hacia la cocina. Mañana haré mazamorra.

La Mesa de Jardín

En el hermoso y querido patio de mi casa hay una mesa. Es de plástico, sin carácter, con poca o nula personalidad. Sin embargo ella encierra un tesoro de recuerdos muy valioso para mí.

En algún verano, hace poco, mis nietos construyeron con esta mesa, y las sábanas que les ayudé a conseguir, sintiéndome un niño más, un mundo de fantasía e ilusión, que sólo a su edad se puede lograr. Era la casita de las muñecas, el castillo de la princesa y los caballeros con espada, o tal vez el fuerte desde donde se atacaba a los “malos”. Y tantas otras cosas, en una sucesión explosiva de imaginación y alegría. Algunas veces era transformada con la colaboración cómplice de la “nona”, o sea yo, en sólo Mesa, para tomar la leche, que por supuesto disfrazábamos con algún sabor más agradable, porque no nos gustaba como tal. Esa merienda siempre estaba adornada con alguna golosina que los tres disfrutábamos por igual. Cuando la necesidad de alimentarse pasaba a un segundo plano, esconder algún juguete, descansar de la fuerza agotadora del sol siestero, escuchar un cuento, eran opciones recibidas con entusiasmo.

Es una imagen feliz, un momento detenido que aferro con algo de nostalgia y genuina emoción. Es la vida que continúa.



FABIANA LEÓN

Lenguas de fuego

Fabiana León

Nació en Oncativo y reside en Villa María desde 1988. Es licenciada en Comunicación Social por la UNC, ejerce el periodismo y la docencia a nivel terciario desde hace una década. Actualmente prepara la publicación de su primer libro de poemas “Bocado infinito”. Algunas de sus poesías fueron publicadas en diarios y revistas literarias de Villa María. Participó en la “Antología Plural”, editada en 2002 por la Sociedad Argentina de Escritores Villa María.

“Tuve el enorme placer de participar en el Taller de la memoria familiar organizado por la Casa Balear de Villa María, coordinado por Rafael Sucari. Allí acudimos, buscando el amparo de la tribu para seguir construyendo muestra propia historia” (FL).

Lenguas de fuego

La llamaron Rosa y había nacido en septiembre. El 8 de septiembre de 1917, Cándida Ciriacci fue madre por primera vez. Se había casado muy joven con Aldovino Zanotti, un italiano venido de Europa que ancló su esperanza en plena pampa cordobesa, en la zona de Colonia Almada. Era la segunda mujer de una familia integrada por otros siete hermanos y una madre inmensamente poderosa que desborda autoridad desde la fotografía partida por un capricho niño que me acercó su nieta.

Aldovino se dedicó al campo, como dueño de unas tierras promisorias donde sembró trigo. Por esos años, el trabajo se hacía a mano, en contacto directo con el barro y el guano de las vacas, aunque no había muchas en el suyo: sólo las necesarias para el alimento familiar, para los desayunos portentosos, con salame casero, pan horneado por ellos mismos y esa deliciosa mermelada de duraznos que tan bien cocinaba Cándida. Pureza que arde, dice el nombre de la bisabuela, y es el oxímoron un verdadero desafío para esta bisnieta curiosa que intenta en vano hacerla presente, sacarla de ese retrato oval compartido con su esposo, hace tantas guerras, y acercarla a este mundo mío, lejano y mío. Eterno. Nuestro.

Lo que no fue

Probablemente Aldovino no imaginó nunca que esa hija argentina, Rosa, y el más pequeño, Tito, no lo verían viejo.

-Cuando sea grande usted me va a ayudar con la cosecha- le decía al varón cuando caía la tarde, y fuera de la casa precaria miraba un horizonte inmenso, extraño a sus ojos italianos, incapaces de concebir tanta extensión sin montañas ni peñascos.

Y Entonaba viejas canciones en su lengua para nombrarse y designar al hijo. Para recordar por qué había llegado desde tan lejos, para reconciliarse con los fantasmas de su sangre que le demoraban el sueño. Adentro, Cándida tejía medias a cuatro agujas para Rosa y pensaba en los hijos que concebiría la niña. Seguramente imagina a sus nietos y se veía pródiga en caricias, más sabia y paciente que ahora:

-Si la primera es una nena, le pondrás Cándida- decía a la pequeña mientras le ataba moños en el pelo renegrido. Tal vez, el pelo de la abuela se detuvo en esas caricias, anhelando la mano de su madre, el calor de esa fuente primordial y tan efímera.

Cuando murió, sólo tenía unas pocas canas y el corazón atado con un hilo de tanto dolor acumulado.



El espejo

Cuando murieron los padres de Rosa, a ella y a Tito los llevaron a Córdoba, a un orfanato: -Esa era la ley-, cuenta mi madre, quien nunca supo por boca de Rosa ese detalle desgarrador. La niña tenía cuatro años y el varón sólo dos.

Cuántas tazas de leche en soledad y amargura, cuántas noches sin sueño esperando a sus padres. La tristeza de saber que no vendrían. Pero llegó la abuela, la madre de Cándida, y los llevó con ella a continuar la vida imparable.

Estoy frente al ropero que Rosa heredó antes de tener conciencia. La bisnieta de Cándida y Aldovino, en 2002, mira los bordes marcados por el tiempo de este espejo que condensa todas las miradas. Ve a Rosa jugando con su hermano, el que nunca se casaría. Tito sin hijos, Tito despojado de sus padres a los dos años. Y de toda posibilidad de construir una familia propia, como la que le arrebató la desgracia. El terror de no poder sostener mujer y niños lo dejó estancado en una soledad interminable. Trabajó toda su vida como peón de campo. Con el tiempo, pudo construir una casita en Colonia Almada. Siempre tenía una broma para hacer.

Mi tío Tito murió en Oncativo, en 1991, a los 72 años. Estaba solo. Sus sobrinos habían salido. Les dolió esa circunstancia, sumada a las dudas por la impericia médica. Nadie esperaba ese desenlace.

Y ve a Rosa joven y espléndida, felizmente casada con Juan Alfieri, el segundo hijo de Adelina Deangelis, nacida en Maccerrata, y de Juan Alfieri padre, oriundo de Como, región de Lombardía.

Juguetes

Entre los juguetes con los que juegan mis hijas, está la muñeca que me regaló la abuela. Tiene el pelo rubio apelmazado y la cejas dibujadas con fibra. Pronto tendrá 25 años y está desnuda. Rosa me la dio cuando cumplí 15. Lo mismo había hecho con Alejandra, mi hermana mayor. En ese momento, me pareció un poco extraño el obsequio.

Por esa época, era costumbre regalar cadenas, medallas, ropa... Sin embargo desde hace un tiempo me resulta más claro. Creo que ella quiso regalarme una metáfora sobre la maternidad y pensó también, aunque no supo, en Delfina y en Sarah, las lenguas de sangre que me continúan. O tal vez, simplemente, proyectó su deseo incumplido de jugar cuando era tiempo, antes de tanto trabajo, de tanta pobreza. Antes de golpear con sus puños el ropero heredado y preguntar por qué.

La muerte

Cuando el médico y escritor musulmán Al Razi escribió el tratado sobre viruela que lo haría famoso en el mundo islámico y occidental, once siglos atrás, no imaginó que deberían pasar más de mil años para que la enfermedad fuera erradicada del planeta, en 1979.

Menos pudo pensar que en este lado del mundo, en el nuevo milenio, una mujer argentina recordaría el hecho. Abu Bakr Muhammed Ibn Zakariya Al Razi descubrió por primera vez la enfermedad que mató a Cándida y a Aldovino y se llevó al tercer hijo no nacido. Era 1921 y en el país gobernaba Hipólito Irigoyen. Rosa supo, entonces, que después del invierno el frío podría ser interminable.

Rosa caminaba torcido porque su pierna izquierda la tenía a mal traer. Era un fuego noble que siguió ardiendo después de que Juan la abandonara, cuando la hija mayor, mi madre, se había casado.

En silencio, lavó para otros ropa de cama. La suya siguió vacía. También cosía. Hacía pantalones perfectos con una Singer del siglo pasado que su nieta conserva todavía como una promesa de otras prendas para sus hijas.

Un fuego entrañable que volvió en un sueño sólo porque dije que la amaba. Para abrazarla. Dicen que sonreía. Era un fuego sereno. Arde todavía.



SUSANA CAMPOS DE VISINTIN

Recuerdos de la llegada

Susana Campos de Visintin

Susana Campos nació en Córdoba. Es profesora de letras y docente de nivel medio. Ha publicado libros de cuentos e integrado publicaciones colectivas. Recibió la mención especial de la faja de honor de la Asociación de Escritores Argentinos (1990) y el primer premio de poesía de la biblioteca José Ingenieros de Deán Funes.

“Bucear en los recuerdos infantiles ha sido toda una experiencia. Frustrante a veces por no haber hablado más con los abuelos y no haber prestado atención. Maravilloso al ver que la memoria atesora palabras e imágenes que uno cree olvidadas. La risa fresca de las abuelas, cuando se juntaban, una española y otra italiana aún resuena en mis oídos. Los retos y los sermones también. Chocábamos porque éramos muy parecidas, recién ahora me doy cuenta. Ahora comprendo lo que han sufrido, el desarraigo, la añoranza, la pobreza” (SC).

Recuerdos de la llegada

Una de mis abuelas, Isabel era Española de la zona de Murcia, exactamente de un pueblito llamado Lorca, en el sur de la península.

La otra abuela por la parte materna, la nona Bernardina, era de Gorizia, Udine, al Norte de Italia. En el momento en que ella partió de Europa, la zona pertenecía a Austria después de la guerra. Actualmente corresponde a Italia.

A ambas les decíamos “nona” a pesar que el vocablo es típicamente italiano.

Cuando en mi infancia se reunían las dos nonas con nosotros, sus nietos, les pedíamos que nos contaran historias.

Y allí empezaba la fiesta.

- Isabel, contale lo de los documentos, le pedía Bernardina.

La nona Isabel titubeaba, y ahora a la distancia, pienso con cuánta emoción se sumergía en los hechos, qué inmenso dolor le producirían los recuerdos.

Cuando vinimos de España, teníamos una hija de dos años y yo venía embarazada. Junto con mis hermanos y sus esposas nos radicamos en Brasil, en San Pablo y trabajábamos como campesinos. Lo hacíamos de sol a sol, con un calor infernal, sacándoles los yuyos a las plantas de café y de tabaco. Yo, al igual que los demás, llevaba los niños al campo, los hacíamos dormir en pequeños canastos a la sombra de algún árbol.

Pasábamos el día entero, nos cocinábamos y ésa era nuestra vida.

El peor momento, era cuando los bichos se nos metían debajo de la piel. Se llamaban tábanos y parecían moscas gigantes. Era necesario hacer un cortecito debajo de la piel y sacar el bichito. Los mejores momentos era charlar y bromear con los hermanos y otros inmigrantes.

Como no aguantábamos las condiciones de vida, durísimas, y se corrían rumores de Argentina, de su buen clima, de extensiones de tierra sin cultivar, decidimos emigrar.



Viajamos sólo nosotros, tu abuelo Tomás, tus dos tíos, Josefa de tres años y Pedro de dos meses. Se quedaron allí todos mis parientes.

Nunca los volví a ver, lo mismo que a mis padres en España.

El trayecto lo hicimos en barco, breve si lo comparamos con el otro, pero al llegar a Buenos Aires tuvimos un contratiempo. El barco no llegaba bien al desembarcadero del puerto, por la profundidad del Río de la Plata. Un puente hacía de pasarela con dos sogas a los costados. El puente se movía y yo traía en brazos a Pedro, un bolso y un petate de ropa. Tomás, el nono, cargaba a Josefa y un gran bulto con todas las cosas que podíamos transportar. No sé qué pasó, aunque he pensado mil veces en ello. Si tropecé, si resbalé, o fue un mareo por el movimiento del barco; la cosa es que caí al agua con el bebé y los bultos.

Por supuesto que no sabía nadar, no era común en esa época aprenderlo y menos las mujeres. Entre el griterío de la gente, el mareo y el frío del agua, sólo recuerdo que solté los bolsos, apreté el niño, me sumergí profundamente tragando mucha agua. Volví a salir y Dios me puso una soga o un hierro, no sé qué era, pero me tomé con toda mi desesperación. Unos guapos marineros se lanzaron al agua y nos salvaron la vida. Yo tiritaba y sollozaba de frío y de terror.

Así fue mi llegada a Argentina: Fría y dolorosa. Pero también solidaria y esperanzadora.

Los otros inmigrantes que viajaban en el barco y que habían presenciado azorados la escena, no titubearon en abrir sus pobres pertenencias y obsequiarme con ropas para mí y para el niño y así brindarme consuelo a mi desamparo.

En ese difícil trance, se perdieron todos los documentos de la familia, que nos trajo menudo jaleo con la aduana y las autoridades. Nos llevó largo tiempo recuperar el papeleo.

Mientras los nietos miraban asombrados, la abuela Bernardina se aprontaba para contarnos su vida.

Bueno, lo mío es más simple, empezaba la nona. Llegamos a la Argentina cuando yo tenía 18 años y el nono Luis 20. Éramos recién casados y huíamos de la guerra y del hambre. Habíamos pasado tantas necesidades, que cuando ustedes me dicen que la comida no les gusta, que aquello tampoco, yo les digo: A coro la interrumpíamos para cantarle: “cuanto pore quisieran”.

A pesar de los años que llevaba hablando castellano, le costaban las rr y algunas consonantes.

La nona se reía y asentía con la cabeza.

Si hubieran estado en la “guera” -por guerra-, primero comíamos los zapallitos, después las hojas y por último las flores.

Anduvimos por muchos campos como peones o como medieros. Tuvimos muchas privaciones y también muchas alegrías, entre esas los nueve hijos que Dios nos mandó.

El nono murió bastante joven y yo quedé a merced de los hijos. Un tiempito en cada lado, para no cansarlos.

- Contanos de los sapos en la leche.

Bueno, como no había heladeras, a los tachos de leche les poníamos un sapo para que no se corte y se coma los bichitos.

La nona Bernardina era una pionera de las mujeres modernas. Fumaba como una chimenea y armaba sus propios cigarros. Primero de tabaco y papel. Cuando estos escaseaban, chala y yerba. Hacía una sopa tan aguada que todos la cargábamos, se enojaba y nos decía: Al que no le guste que se cocine y sino que vaya al restaurante, sin tantas vueltas, sin tanta sicología.



Una vez, ya era anciana, estaba visitando a su hija en el campo. Como tenía dentadura postiza nueva y le molestaba de vez en cuando, se la sacaba. La dejó en un banquito y un perro se la llevó. Lo corrió y no lo pudo encontrar. Estuvo días y días escarbando y siguiendo a los perros, pero no pudo recuperarla. El hecho provocaba las risas de todos nosotros.

Allí donde estén, queridas nonas, éste es un pequeño recuerdo en homenaje a tantas caminatas que hicimos juntas. Yo era la guía para que ustedes no se perdieran.

Con Isabel veinte cuabras hasta la casa de la hija, donde siempre me encomendaba, que cuando muriera no me olvidara de rezarle y hacerle misas.

Con Bernardina cuatro kilómetros al alba, para tomar el ómnibus que iba a Córdoba, desde la chacra. A veces, nos traía algún lechero en el carro, pero las más las caminábamos despacito.

Allí donde estén, recuerden que no las olvido y que a pesar de tantos años transcurridos, ahora que soy abuela, les digo algo que nunca les dije: ¡Fueron unas abuelazas y las quiero mucho!.



BEATRIZ GALLO

Beatrice

Beatriz Gallo

Nació en Bernardo Larroudé (La Pampa). Es médica psicoanalista.

“Los recuerdos y mitos familiares han surgido fuertemente en mí, en el clima de este taller, y he sentido la necesidad de recrearlos en pequeñas escenas, en las que sitúo los orígenes de mi familia y de las fuerzas que han sido el motor de mi vida: los afectos y la búsqueda de conocimiento” (BG).

Beatrice

Mil ochocientos setenta y tantos:

Una tarde soleada en un pueblito del Piamonte, en la que un cura magro y asustado entrega una hermosa infante a una pareja de campesinos atónitos.

¡Qué linda es!, dice la mujer, acariciando con ternura esa manito tibia. Su curiosidad es grande: ¿quién puede haber dado a luz a esta criatura vestida con sedas y puntillas?.

El marido toma la iniciativa de preguntar: ¿Quién se la dio padre?..

¡Ah, hijos!, Eso es un misterio, yo mismo me lo pregunto, porque un mensajero la llevó, en las sombras, a la Iglesia, y me pidió que la colocara.

Yo pensé enseguida en ustedes. Catalina alimenta a Antonio, sólo un poco más grande que esta niña, y querían tener una hija, una mujer.

Catalina dice: somos pobres. (Y piensa: y somos jóvenes, quiero que mis hijos crezcan rápido para volver a trabajar con mi marido en los arrozales, y bailar al atardecer, de vuelta a casa).

-Eso de la pobreza... bueno, si ésa es la razón... creo que hay algo así como una dote para esta niña...

El cura experimenta una creciente urgencia por resolver el asunto.

Hace calor, y esto es embarazoso: endilgarle la criatura a estos campesinos pobres, y ofrecerles dinero...

No le suena bien, pero es lo que le han encargado...

¿Me la tienes, Catalina? Tengo que secarme el sudor...

La mujer extiende los brazos y la toma, con la eficiencia de una madre que ha criado varios hijos.

La niña, hambriento cachorrito humano, huele la leche, y su boquita la busca ansiosamente. La tela del vestido se interpone, pero ella sabe que está allí lo que anhela, lo que es para ella cuestión de vida o muerte.

Y llora, llora con una queja estridente, con un berrido de animalito desesperado. Catalina no lo soporta, con un gesto espontáneo abre el vestido y ofrece la teta.

Así Beatrice, (que ése fue su nombre bautismal), ingresó a la familia de los Salto.



El encuentro

I Carlo

La tarde de primavera declinaba.

El olor de jazmines y de paraísos florecidos embriajaba el aire.

Carlo estaba triste, tanta savia, tanto brote, tanto perfume, y él tan solo...

Se acercó al espejo, el pequeño y único espejo en el que se miraba para afeitarse. Lucía airoso sus treinta y cinco, con los mostachos retorcidos.

Ni una cana, y todo el pelo. Un poco bajo quizá.

Decidió recostarse un rato en la angosta cama de soltero, y se sacó los zapatos para no ensuciar la prolija colcha de piqué. Descubrió que tenía un agujero en la media.

¡Triste vida!, se dijo, la de un hombre que no tiene una mujer que le zurza los calcetines con amor...

Mirando el techo, mientras la luz se desvanecía, pasaba revista a las redondas gringas de las chacras: las pocas solteras, muy jóvenes, o muy viejas, o muy desabridas.

Comenzó a escuchar ruidos en la casa; ya llegaba la cocinera, encendía las luces, la fonda iba a ponerse en movimiento.

Carlo se levantó, fue al salón y buscó la lámpara de kerosén.

En ese momento alguien golpeó las manos junto a la puerta abierta.

-¡Entre!

Una mujer con un niño pequeño de la mano entró al salón. En la penumbra, eran un manchón grácil.

Carlo, sin apurarse, encendió la lámpara y la puso sobre el mostrador.

-¿Qué se le ofrece?.

-Trabajo, a cambio de comida y un lugar para mí y para mi hijito.

Era joven, bonita pero demacrada, y su pelo castaño estaba sujeto en un rodete apretado.

-¿Cómo se llama?.

-Francesca y él Ángel.

-¿Francesca qué?.

-Pelosso. Estuve trabajando en la chacra de Marzoratti. Yo podría ayudarle a servir las mesas, don Carlo.

El sintió que una cosa tibia se le movía adentro cuando ella dijo: "don Carlo".

-¿Cómo sabe mi nombre?.

-Marzoratti me lo dijo, me dijo que viniera a verlo.

-¿Por qué dejo de trabajar para ellos?.

-La señora no me quería más...

Una sonrisa le endulzó el rostro a Carlo, cuando pensó: "joven y bonita. La Anita se puso celosa".

-¿Puedo quedarme entonces?.

-A prueba.

-Vaya a la cocina. Ya voy yo a decirle a la cocinera que les dé de comer y le preste un delantal y luego vuelve aquí a tender las mesas.



II Francesca

La volanta levantaba nubes de polvo del camino.

La mujer estornudaba y se cubría el rostro con el pañuelo de cabeza. El hombre, curtido por la intemperie, conducía diestramente para evitar los pozos del camino de tierra, aunque, para decir verdad, las yegua los conocía mejor que él.

-Mamá, tengo hambre...

-Dele un durazno, Francesca. Cuando lleguemos al pueblo le hacemos tomar la leche en la fonda.

-Tengo miedo, don Marzoratti...

-¿Por qué?

-Y si lo que usted piensa no resulta...

-Ya encontraremos otra solución.

Hacía calor en esa tarde primaveral.

En el campo brotaba la siembra, la gramilla teñía de intenso verde las banquinas.

-No tenga miedo. Usted es trabajadora. Allí o en otro lado va a encontrar ocupación.

¿Hay escuela en el pueblo?

-Sí, creo que han abierto una.

-Me gustaría que el Angelo aprendiera a leer, a escribir y a hacer cuentas. Que se instruyera, para defenderse en la vida.

-¿Por qué se fue de Ceballos, Francesca?

-No me lo haga repetir, don Marzoratti. Usted lo sabe. Aguanté muchos golpes de mi marido tomador, pero la noche en que le quiso pegar al niño le apunté con la escopeta, y le dije: Das un paso, y disparo. Y él sabía que era cierto.

Esa noche nos fuimos con el Angelo mientras él dormía. Unos que iban en un carro nos llevaron a Alvear, a la fonda de Brusasca, y ahí me dieron trabajo.

Un día el averiguó donde estaba y me vino a buscar. Esta vez la escopeta la empuñó doña María, que era muy guapa. “La dejás tranquila a la Francesca. Y te vas enseguida de mi casa”.

No volvió más.

-¿Usted lo esperaba?

- No sé, don Marzoratti. Lo había querido mucho, pero para entonces solamente le tenía miedo.

Después Brusasca murió; doña María cerró la fonda, y yo busqué trabajo en la chacra de ustedes.

-Lástima que la Anita no simpatizó con usted.

-Lástima.

-Mamá quiero hacer pis...

La volanta se detuvo, Francesca bajó al niño.

Tenía una angustia que le mordía el pecho.

¿Y si a don Carlo Scavarda no le hacía falta una empleada?, ¿Adonde iría con su hijo?

-Santa Virgine, haz que me necesite...

Ya llegaban al pueblo, apenas unas pocas casas en el medio de una colonia productiva, en la que crecían el trigo y el maíz, la alfalfa, el lino y el sorgo, las vacas daban muchos litros de leche con esas pasturas abundantes.

-Se está haciendo de noche...

-La llevo a lo de don Carlo. Yo tengo que ir todavía al almacén de ramos generales y a la botica. Después voy a comer allí, y a ver que pasó...

-¿Me deja sola?

-Preséntese sola, Francesca. No sea que don Carlo imagine lo que no es.

-Buena suerte...

-Grazie...



La mujer y el niño se bajaron. Ella lo tomó de la mano, mientras con la otra sujetaba el atadito con sus escasas pertenencias. Se acercaron a la puerta, y dándose tiempo, Francesca golpeó las manos.

-¡Entre!

En ese atardecer, eran una mancha grácil recortada en el vano todavía tenuemente iluminado de la puerta...

-Buona sera...

-Buona sera, signora...

El terminaba de encender la lámpara de kerosén, depositándola sobre el mostrador. Joven todavía, y buen mozo, con esos lindos bigotes. Un poco bajo, quizá. “Y usa tiradores, como usaba mi papá”, se dijo Francesca con un dejo de ternura.

-¿Qué se le ofrece?.

-Trabajo, a cambio de comida y un lugar para mi hijito y para mí...

-¿Cómo se llama?.

-Francesca y el Ángel.

-¿Francesca qué?.

-Pelosso. Estuve trabajando en la chacra de Marzoratti. Yo podría ayudarle a servir las mesas, don Carlo. Se sintió turbada. Pensó que había ido demasiado lejos al llamarlo por su nombre.

-¿Cómo sabe mi nombre?.

-Marzoratti me lo dijo. Me dijo que viniera a verlo.

-¿Por qué dejó de trabajar para ellos?.

-La señora no me quería más...

Una sonrisa se dibujó en el rostro de él.

¿Dio Benedetto, que hermosa sonrisa!

-¿Puedo quedarme entonces?.

-A prueba.

-Vaya a la cocina. Ya voy yo a decirle a la cocinera que les dé de comer y le preste un delantal y luego vuelve aquí a tender las mesas.

Francesca se quedó quince años.

Se conocieron, se amaron y tuvieron siete hijos, de los cuales la mayor, Catalina, fue mi madre.

Francesca murió de fiebre puerperal contraída en el parto de su séptima hija, que también murió a las pocas semanas.

Carlo encaneció súbitamente. La sobrevivió veinticinco años, y no pudo amar a otra mujer.

Descansa en el cementerio de ese mismo pueblo adonde vivieron y se amaron.



SILVINA MERCADAL

La costurera

Silvina Mercadal

Nació en Córdoba, en 1971; es comunicadora social, publicó poemas en los cuadernillos **Los Nuevos** de la SADE, filial Villa María, y en la edición 1998 del **Concurso de Poesía y cuento para autores inéditos** de la Municipalidad de Córdoba. En el año 2001 obtuvo el primer premio de narrativa en el concurso del Gobierno Balear para las casas de América Latina.

“La memoria, territorio en ruinas, zona destellada y volumen en perpetuo derrumbamiento que sólo un trabajo minucioso puede recomponer. Por eso, esta búsqueda colectiva para rescatar algo del edificio del olvido tiene un sentido constructivo. El origen de los textos es un trabajo artesanal, el espacio de taller que nos brindó la posibilidad de compartir experiencias, hilo de la transmisión oral que la palabra impresa difícilmente pueda retener, aunque puede iluminar textos de origen. La memoria sujeta”(SM).

La costurera

I

De la rama verde del olivo que cultivaron las sabias manos de Elías, a quien murmuraban hojas perennes tres mil años de mediterráneo. De la mirada con destellos de olivo de Elías. Del custodio de los frutos que pacientemente aguardaba a la joven Nuhad. De la rama verde de Nuhad, que cantaba viejas canciones en árabe y se entregaba a las manos pacientes del joven médico con destellos de radiante olivo en la mirada. De la rama verde del joven médico que custodia los frutos de su jardín mediterráneo. De la verde rama de linaje insumiso de Nuhad.

II

La mirada insistente de Celina atravesaba el salón, se dirigía hacia el joven que fumaba en un rincón y observaba con desinterés a las parejas del baile. -Si no sabe bailar, yo lo voy a guiar- dijo. Esa noche él descubrió, primero en las miradas, luego en el cuerpo de Celina, un imperio desconcertante, la decisión y la persistencia que le faltaban para soportar las amenazas de los hermanos, a los que Nuhad había legado su poderío sobre las mujeres de la casa. Así las hijas fraguaron histerias, matrimonios proscritos, seducciones solapadas y oficios independientes con el único propósito de abandonar el hogar. Celina comenzó a practicar su oficio en la casa, cosía con minuciosidad y obstinación, de la misma manera en que luego lo hizo para vestir a las hijas con un lujo insolente. Con la misma insolencia que ostentaba la primera dama en las ceremonias oficiales, la que había educado su voz enérgica y conmovida en las radionovelas de la tarde.



III

Un cuerpo femenino asume la función de mando, propone los movimientos, decide lo que hacen los pies, el torso, las manos, y sostiene la mirada para evitar el vértigo. El se abandona a la oscilación, la siente respirar con perfumes, intenta concentrarse en lo que hacen los pies. Las manos rozan el vestido, reconocen la secreta proximidad de la piel.

IV

Tu boca es como un puerto. Allí quedan amarrados mis sueños y parten hacia otros destinos. Recuerdo la música que suavemente se adhería a mis movimientos, dulce incógnita de la boca que hilaba su respiración. Gerónimo ya no me acompaña, pero el viejo sigue cantando óperas, así como Francesca perpetúa la ceremonia del rosario en las comidas. Bajo la mesa contamos las cuentas que faltan, y yo cuento los días para acercar su dulce hilván. Un desliz, suave desliz falta.

V

Aquí llegan tus sueños y quedan, hasta que el puerto deja salir los tristes barcos de la madrugada. Los hermanos salen a sus oficios, pero antes dejan sus ásperas palabras rondando la casa. Leonor tiene otro vahído, y en la cama permanece toda la tarde, y nadie se explica que luego, con tanta determinación, arregle el bigote del padre. Yo me ocupo de organizar las tijeras que deslizo suavemente por el paño, faltan cinco pantalones y termino mi tarea. Con el prolijo hilván su voz me acompaña, repite mi nombre y lo sostiene en los labios.

VI

Comienza el dulce canto y la memoria vacila. El recuerdo se suspende, pende en la mirada encendida. Reinicia el canto y la hermana la ayuda. Es una canción de amor -dice- la misma que cantaba en el jardín, cuando Ernesto todavía calentaba un costado de su cuerpo. La escuchaba de niña, en verano, cuando festejábamos los últimos días del año. La abuela buscaba el jardín, para cantar serena, con palabras de la lengua materna.

VII

En la casa de los abuelos, mi breves estancias de invierno consistían armar juegos con los materiales de costura. Con mis hermanas improvisábamos una tienda en el garage, con los restos de tela y la colección de botones. El momento lúdico era anterior a la tienda. Cuando la abuela buscaba las cajas, y seleccionaba los géneros, para nosotras desenterraba un tesoro, que luego contemplábamos con curiosidad y dedicación porque en la forma de los botones y en las texturas descubríamos un paraíso en miniatura. Así, la diversión sólo consistía en desenterrar el tesoro de la costurera y seleccionar rarezas en el jardín encantado de los botones.

VIII

Cuando la abuela trabajaba, el aire de la tarde estaba impregnado por el olor seco y ondulante de la tela, con matices que variaban del acento resbaladizo de la seda a la estela rugosa del paño, que estimulaban las agujas de la máquina de coser. En el aire de la tarde también asomaba el sonido de las tijeras que se deslizaban sobre la mesa. Luego de armar los moldes con papel y de trazar con tiza el destino de una prenda, las tijeras seguían con precisión el camino sobre la tela.



IX

Y alguna vez, en la máquina de coser con la que la abuela armaba los vestidos del invierno y del verano, aprendí a deslizar moldes diminutos para vestir muñecas. La cocina era el taller, que se armaba en medio de la tarde, cuando Ernesto salía al trabajo. La cocina era el centro cálido de la casa, de la cocina salían sacos, vestidos de novia, manteles bordados; y la comida, el hilván que reunía a la familia.

X

El centro de la casa es ahora refugio de las horas muertas y de ausencias que vibran en el aire espeso de la siesta, depositadas como el polvo sobre el estante con el sombrero mexicano, que recibía los objetos de mano de las visitas. Y mi abuela se sienta la tarde sobre todas las ausencias, y repasa lentamente los lugares vacíos de la casa que antes estaban llenos.

XI

La cocina fue altar cotidiano para los oficios de la tarde, y centro de todas las mutaciones. En las primeras horas de la mañana territorio de tránsito para la limpieza de los demás órdenes de la casa y al mediodía la pira humeante de las cacerolas, hasta que se desplegaba el mantel azul y se repartían los platos sobre la mesa. Luego de la siesta la costurera armaba el taller, la máquina se desplegaba cerca de la ventana y la mesa se cubría con las telas que se sometían a principios de variación de acuerdo a cuerpos dóciles. La gramática oficiosa de la costura hacía su trabajo de hilván, respunte, sobrehilado, punto de lado y escondido, frunce y ojal.

XII

En mi sueño la mujer cosía sobre bordes diurnos. Así como en el sueño, lejos del día que me separa de mí, me aleja de mí, de mi suelo más fértil. El don diurno, pequeño paraíso arrancado y disolvente. Ella surge de la inmersión nocturna y hace el pliegue. Ella, mi abuela, la que dejó como herencia de su obstinado trabajo femenino una colección de sacos que han resistido todos los inviernos. En la memoria de las prendas no hubo descanso porque fueron pasando de las hijas a las nietas, como las cuentas de un antiguo collar que cambia de manos.